

EL TEMPLO DEL DIOS GUMMA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

EL TEMPLO DEL DIOS GUMMA

Título Original: *El Templo Del Dios Gumma*

Colección: La Conquista Del Espacio 679
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

Jürgen Korner se encontraba en Júpiter.

En Sytta-5, concretamente.

Era una de las muchas ciudades levantadas en el colosal planeta, perfectamente protegidas del gélido clima jupiteriano por enormes cúpulas transparentes.

Jürgen Korner había tomado una habitación en el hotel Piscis.

Acababa de ducharse y todavía tenía el pelo húmedo. Se había puesto una bata corta, muy brillante y con un dragón alado dibujado en la espalda.

Jürgen contaba treinta y tres años de edad, era moreno, y no mal parecido. Poseía una estatura elevada y era de complexión robusta, con unos músculos desarrollados y duros.

Se había servido una bebida y se había sentado en el sofá, para tomarla cómodamente, bien relajado. Incluso había colocado los pies sobre la pequeña mesa, cruzados.

De pronto, llamaron a la puerta.

Jürgen se encontraba tan a gusto repantigado de aquella manera, que no tuvo ganas de levantarse, así que se limitó a estirar el brazo y atrapar el mando de control remoto que descansaba sobre la mesa.

Lo pulsó y la puerta se abrió al instante, dejando ver a la chica que había llamado.

Jürgen se quedó mirándola fijamente, sin un pestañeo.

Ella le miró a su vez, también con fijeza, sin entrar en la habitación. Era una mujer alta, hermosa, de figura maravillosamente esbelta, que la larga y fina túnica azulada solamente velada. Tenía el cabello cobrizo, los ojos verdes, y los labios muy rojos, llenitos y recubiertos de un brillo húmedo. Calzaba botas cortas, doradas, brillantes, flexibles.

—Hola, Jürgen —saludó la chica.
—Hola, Sigrid —respondió Korner.
—¿Puedo pasar?
—Adelante.
Sigrid Zinn penetró en la habitación, caminando suavemente, con elegancia. Había cumplido los veinticinco años de edad. Se hallaba, por tanto, en la plenitud de su belleza.
Jürgen Korner pulsó de nuevo el mando de control remoto y la puerta se cerró, tan silenciosamente como se había abierto. Dejó el mando sobre la mesa, pero continuó sentado en el sofá. Ni siquiera bajó los pies de la mesa.
—Si te apetece beber algo, sírvete —indicó.
—¿Es todo lo que se te ocurre decir?
—¿Qué esperabas oír?
—Que te alegraras de verme, por ejemplo.
—¿Te alegras tú de verme a mí?
—Sí.
—Bueno, pues yo también me alegro de verte a ti.
—No me lo parece.
—¿Qué quieres, que me ponga a saltar como un mono?
—Me conformo con que te levantes y me des un beso.
—Estoy muy cómodo aquí.
—Ya.
—Siéntate, si quieres.
—¿A tu lado… o lejos de ti? —preguntó Sigrid.
—Como prefieras —respondió Jürgen, y se llevó tranquilamente la copa a los labios.
La joven se sentó también en el sofá, a un palmo escaso de él.
—Me guardas rencor, ¿verdad, Jürgen?
—¿Por qué?
—Por haberte dejado.
—Ya lo he olvidado.
—¿Seguro?
—Ha pasado mucho tiempo, Sigrid.
—Sólo dos años.
—¿Te parece poco…?
—No.

Jürgen se llevó de nuevo la copa a los labios. Sigrid se mordió los suyos y preguntó:

—¿No quieres darme el beso, Jürgen?

—Sí, ¿por qué no? —respondió él, y la besó, pero en la mejilla.

Sigrid, que había separado los labios, para recibir el beso, se llevó una desilusión.

—Sabía que no deseabas besarme, Jürgen.

—Acabo de besarte, Sigrid.

—En la mejilla.

—Un sitio tan bueno como otro cualquiera.

—Antes te gustaba besar mi boca.

—Eran otros tiempos. Y otras las circunstancias.

—¿Ya no me encuentras atractiva, Jürgen?

—Naturalmente que sí. Más que entonces, incluso. Te encuentro más hermosa y más deseable que nunca —confesó él.

—¿Entonces…?

—Mira, Sigrid, lo nuestro acabó. Y acabó porque tú quisiste que acabara, así que…

—Puede empezar de nuevo, Jürgen.

—Ni hablar.

—Estoy arrepentida, créeme.

—Un poco tarde, ¿no te parece?

—Hace tiempo que deseaba volver contigo, pero no me atrevía. Sospechaba que me recibirías mal, que no me perdonarías el haberte dejado sin darte ninguna explicación.

—Eso fue lo que más me dolió, que desaparecieras de mi vida sin decir una sola palabra.

—Puedo explicártelo, Jürgen.

—No, ahórrate las explicaciones. Ya no sirven de nada.

—Quisiera contártelo, aunque no sirva para reanudar nuestras relaciones.

—No, ya no me interesa saber por qué te fuiste, Sigrid. Te largaste y se acabó.

Los preciosos ojos de Sigrid Zinn se humedecieron.

—Eres muy duro conmigo, Jürgen.

—¿Y qué esperabas, que te recibiera con los brazos abiertos después de dos años sin verte el pelo…? ¿Me hubieras recibido tú a mí así, de haberte dejado yo…?

—No, claro que no. Pero yo te habría escuchado, al menos.

—Eso lo dices ahora.

—No importa, dejémoslo. En realidad, no he venido a pedirte perdón por lo que hice. Sabía que sería inútil, ya lo dije antes.

Korner entornó los ojos.

—¿A qué has venido, entonces…?

—A pedirte un favor, Jürgen.

—¿Qué clase de favor?

—Necesito que me lleves en tu nave a cierto planeta.

—¿Qué planeta?

—Ferbo.

Jürgen no pudo reprimir un respingo.

—¿Has dicho Ferbo…?

—Sí, ahí es donde quiero ir.

—¡Eso está muy lejos, Sigrid!

—Lo sé. Pero tu nave es muy veloz. Para ella no hay distancias.

Jürgen frunció el ceño.

—¿Qué diablos se te ha perdido a ti en Ferbo, Sigrid?

—Un amigo.

—¿Amigo…?

—Se llama Mark; Mark Renquin. Viajó a Ferbo junto con otros tres hombres, y ninguno de ellos ha regresado.

—Mucho debe significar ese Mark Renquin para ti, cuando estás dispuesta a ir en su busca.

—Significa más para Eva.

—¿Eva..,?

—Sí, Eva Gerets. Es la novia de Mark. Y muy buena amiga mía. Está muy preocupada por lo que pueda haberle sucedido a Mark. Desesperada, diría yo. Quiere ir a Ferbo en su busca. Y me pidió que te hablara. Sabe lo que hubo entre nosotros.

—¿Y sabe también que me dejaste hace dos años…? —preguntó Jürgen, con ironía.

Sigrid bajó la mirada.

—Sí, está enterada.

—¿Cómo pudo pedirte, entonces, que…?

—Quiere mucho a Mark. Y confía en que me hagas el favor que te pido, Jürgen.

—Me extraña que me lo pidas, Sigrid.

—Te conozco bien, Jürgen, y sé que te gusta ayudar a la gente. Tendrías que odiarme mucho para negarte.

—Yo no te odio, Sigrid.

—Me parece que sí.

—No, no siento odio por ti. Tal vez debería sentirlo, pero no es así.

—¿Nos llevarás a Ferbo, entonces…?

Jürgen se mesó el cabello.

—Es un planeta peligroso, Sigrid.

—Yendo contigo, estaremos seguras.

—¿Lo dices para halagarme?

—No, soy absolutamente sincera. Tú tienes mucha experiencia, Jürgen, porque llevas años recorriendo el Cosmos de planeta en planeta. Si alguien puede encontrar a Mark Renquin, ése eres tú.

—Eres una maldita aduladora.

Sigrid le cogió la mano.

—¿Nos llevarás, Jürgen?

—Sí —rezongó él—. Y ojalá no tengáis que arrepentiros.

—Gracias —sonrió Sigrid, y le besó en los labios.

Jürgen estuvo a punto de devolverle el beso, pero se frenó a tiempo y sus labios se limitaron a recibir la dulce caricia.

Sigrid se retiró, nuevamente desilusionada.

—Perdóname por haberte besado, Jürgen. Olvidé por un momento que no deseabas recordar el sabor de mis labios —dijo.

Y, como sentía que las lágrimas acudían a sus ojos otra vez, se puso en pie y caminó rápidamente hacia la puerta, que ella misma abrió, saliendo de la habitación.

CAPÍTULO II

La nave de Jürgen Korner se hallaba dispuesta para despegar del astropuerto de Sytta-5 y abandonar Júpiter, rumbo al lejano y peligroso Ferbo, un planeta selvático, sin civilizar, en el que abundaban las arenas movedizas, las fieras, los volcanes, que a cada dos por tres entraban en erupción, sembrando el terror entre los nativos.

Todo esto lo sabía Jürgen.

Y lo sabía también Kazuo Tanaka, el japonés que tenía a su servicio, y que le acompañaba en todos sus viajes. Contaba treinta y cinco años de edad, no era demasiado alto, pero sí fornido y musculoso.

Kazuo era un magnífico ayudante, capacitado, además, para suplir en cualquier momento a Jürgen en el manejo de la nave, por lo que éste confiaba plenamente en él.

Antes de contratar a Kazuo, Jürgen había tenido otros ayudantes, pero ninguno tan eficiente como el japonés. Ni tan valiente, porque Kazuo no temía a nada ni a nadie.

Por ello, Jürgen le pagaba un sueldo generoso. Podía hacerlo, porque su nave, dedicada al servicio comercial, le proporcionaba unos ingresos importantes.

Lo mismo transportaba mercancías que pasajeros, siempre que le pagasen la suma que él estimaba justa. Y como jamás abusaba a la hora de aplicar su tarifa, Jürgen se veía muy solicitado. Eran muy pocos los días, al cabo del año, en que no se hallaba al servicio con su nave.

La tenía ya hacía cinco años.

La compró en el 2200, como para celebrar la llegada del siglo XXIII, y fue una gran adquisición, porque se trataba de una nave realmente magnífica, que raramente se averiaba, a pesar de las continuas «palizas» que Jürgen le daba, haciéndola ir de un planeta a otro, prácticamente sin descanso.

Jürgen consultó su reloj.

—Las chicas ya deberían estar aquí.

—A lo mejor han cambiado de idea —dijo Kazuo.

—¿Cambiar de idea?

—Si conocen los peligros que encierra Ferbo…

—Los conocen, pero no les importa.

—Dos chicas valientes, ¿eh, jefe? —sonrió el japonés, que solía llamar así a Jürgen.

—Eso parece.

—Ya veremos cómo se portan cuando lleguemos a ese condenado planeta.

—Confían en nosotros, Kazuo.

—Procuraremos no defraudarlas.

—Mira, ahí llegan.

El japonés ahogó un silbido de admiración.

—Qué dos bellezas, jefe…

—Sí, son muy guapas —sonrió Jürgen, y salió al encuentro de Sigrid Zinn y Eva Gerets, que portaban sendas bolsas de viaje.

Entraron en la nave por el túnel acoplado herméticamente a la puerta, y que sería retirado cuando ésta se cerrase y Jürgen avisase a la torre de control de astropuerto de que su nave iba a despegar.

Sigrid vestía un ajustado traje amarillo, de una sola pieza, que dibujaba perfectamente todas y cada una de sus formas.

El traje de Eva, era azul celeste, y también la ceñía muy sugestivamente. Tenía el cabello rubio y los ojos claros. Poseía un rostro sumamente atractivo y un cuerpo espléndido. Aparentaba unos veinticuatro años de edad.

—Os habéis retrasado —dijo Korner.

—Lo siento, Jürgen —se disculpó Sigrid—. Queríamos llegar a la hora indicada, pero…

—No importa.

—Te presento a Eva Gerets, la novia de Mark Renquin.

Korner le tendió la mano a la rubia.

—¿Qué tal?

—Me alegro mucho de conocerle, Jürgen —sonrió ella, estrechándole la diestra.

—Yo también.

—Antes de nada, quiero decirle que le estoy muy agradecida por

haber accedido a llevarnos a Ferbo.

—No podía negarme.

—Le pagaré lo que me pida, Jürgen.

—Ya hablaremos de eso. Lo importante es encontrar a su novio.

El rostro de Eva Gerets denotó preocupación.

—Espero que lo encontraremos con vida.

—Seguro que sí —respondió Jürgen, para animarla—. Este es Kazuo, mi ayudante —añadió, mirando al japonés, que se había acercado.

—Encantado, señoritas —sonrió Tanaka.

Sigrid lo observó.

—Es nuevo, ¿no?

—Lleva más de un año conmigo —informó Jürgen.

—Casi año y medio, jefe —dijo Kazuo.

—Os indicaré cuál es vuestro camarote. Seguidme, preciosas —rogó Jürgen.

Sigrid y Eva fueron tras él.

Kazuo, mientras tanto, se ocupó de cerrar la puerta de la nave.

Jürgen abrió uno de los camarotes, que disponía de una litera doble.

—Dormiréis aquí.

Sigrid y Eva entraron en el camarote y dejaron sus bolsas de viaje sobre la litera inferior.

—Vuelvo a la cabina de mandos —dijo Jürgen—. Vamos a despegar en seguida. Si necesitáis alguna cosa, decídmelo. Sólo tenéis que usar ese telecomunicador.

—Gracias —respondió Eva, con una sonrisa.

Jürgen cerró la puerta y se dirigió a la cabina de mandos.

Poco después, la nave partía del astropuerto de Sytta-5 y se alejaba del gigantesco Júpiter, ganando rápidamente velocidad, gracias a sus poderosos reactores nucleares.

* * *

Sigrid Zinn y Eva Gerets había encendido sendos cigarrillos, sentadas ambas en la litera inferior de su camarote.

—¿Qué te ha parecido Jürgen, Eva?

—Es un tipo muy interesante.

Sigrid sonrió levemente.

—Sabía que te gustaría.

—Tanto, que si no estuviera loca por Mark, intentaría conquistarle.

—Te sería muy fácil, porque ya no siente nada por mí.

—¿Estás segura?

—Sí, me lo dijo bien claro.

—Lo siento de veras, Sigrid.

—La culpa es mía, así que no puedo reprochárselo.

—No debiste dejarle.

—No debí, pero lo hice. Y la cosa ya no tiene remedio.

—¿Quién sabe? Quizá ahora, al estar de nuevo juntos…

Sigrid movió la cabeza.

—Le he perdido para siempre, Eva. Y me lo tengo merecido. Los errores se pagan, amiga mía.

Eva le puso la mano en el hombro y se lo oprimió cariñosamente.

—No pierdas las esperanzas, Sigrid. Estás guapísima y eso, por fuerza, tiene que hacer mella en Jürgen. No importa que esté resentido contigo. Cuando se le pase el enfado, y si tú le demuestras que le sigues queriendo… Porque todavía le quieres, ¿verdad?

—Más que nunca.

—Entonces, volverá a tomarte en sus brazos, no lo dudes. Es sólo cuestión de tiempo. Dáselo y ten paciencia. Volverás a ser feliz, te lo digo yo.

Sigrid sonrió suavemente.

—Eres una buena amiga, Eva.

—Tú también —repuso la rubia, y la besó en la mejilla.

* * *

Llevaban ya varias horas de viaje.

Jürgen Korner estaba solo en la cabina de mandos, porque Kazuo Tanaka se había retirado a su camarote, para dormir unas horas y luego reemplazarle, para que Jürgen gozara también de unas horas de descanso.

De pronto, Jürgen oyó un leve ruido a sus espaldas y se volvió, descubriendo a Eva Gerets.

—Eva…

—Hola, Jürgen —le sonrió ella—. ¿Le molesta mi presencia en la cabina…?

—Al contrario. Pasa y siéntate.

—Gracias, muy amable.

Eva se sentó en el sillón del copiloto.

Iba en bata y descalza.

La bata era corta, lo que le permitía exhibir sus preciosas piernas.

—No podía dormir —explicó.

—¿Y Sigrid…?

—Sí, ella sí duerme.

—Eso demuestra que tiene la conciencia más tranquila que tú —dijo Korner, con ironía.

—No la tiene tranquila, y usted lo sabe, Jürgen.

—Es su problema, pues.

—Un problema que usted podría solucionar si quisiera, Jürgen.

—No se lo creé yo, Eva. Se lo creó ella misma.

—Lo sé.

—Entonces, que se lo solucione ella.

—Sigrid le quiere, Jürgen.

—Si de verdad me quisiera, no hubiera estado dos años sin verme. Ni siquiera se hubiera ido de mi lado.

—Cometió un error, y después le faltó valor para rectificarlo. Eso es todo, Jürgen.

—No hablemos de Sigrid, por favor.

—Está bien.

—¿A qué fue tu novio a Ferbo, Eva?

—No me lo dijo.

—¿Cómo es eso?

—Se lo pregunté, pero no conseguí arrancarle el motivo de su viaje a ese lejano planeta. Sólo me dijo que había organizado una expedición con unos amigos. Tres, concretamente. Mark estaba muy ilusionado con ese viaje y me aseguró que no iban a correr ningún peligro en Ferbo, que regresarían los cuatro sanos y salvos. Pero ninguno de ellos ha vuelto.

—Quizá hayan tenido problemas con su nave.

—¿Una avería?

—Sí, a eso me refería.

Eva Gerets se mordió el labio inferior.

—Temo que sus problemas hayan sido más graves, Jürgen.

—No debes pensar en eso.

—Lo siento, no puedo evitarlo. Estoy muy enamorada de Mark, y si

no lo encontramos, o lo hallamos muerto, no sé lo que…

Eva no pudo seguir hablando.

Los ojos se le habían llenado repentinamente de lágrimas, por lo que se cubrió el rostro con ambas manos y rompió en sollozos.

Jürgen conectó el piloto automático y se levantó del sillón, para consolar a la novia de Mark Renquin. La cogió por los hombros, con suavidad, y la obligó a levantarse.

—Vamos, Eva, no seas niña.

Ella apoyó su rubia cabeza en el atlético pecho masculino.

—Discúlpeme, Jürgen. No quería llorar, pero…

—Tienes que pensar que Mark está vivo. Y que lo encontraremos. Si no es así, ya tendrás tiempo para llorar su desaparición o su muerte. Mientras tanto, ni una sola lágrima, ¿entendido?

Eva levantó la cabeza y le miró.

—¿Me prohíbe que llore, Jürgen?

—Así es.

—En ese caso, tendré que obedecer. Estamos en su nave.

—Exacto.

Eva sonrió y le besó suavemente en los labios.

—Gracias, Jürgen.

—¿Por qué me has besado? —preguntó él, sorprendido.

—El beso es de parte de Sigrid.

—Entonces, no lo quiero.

—Devuélvaselo, pues —sugirió Eva, con malicioso gesto, y abandonó la cabina de mandos.

CAPÍTULO III

Seis días de viaje.

Casi una semana surcando el Cosmos a gran velocidad.

Y Jürgen Korner todavía no le había devuelto el beso a Sigrid Zinn, aunque no por falta de ganas. Verla todos los días, tenerla de nuevo cerca, tan bella y tan deseable, le hacía recordar los muchos momentos maravillosos que pasaron juntos.

Pero se limitaba a eso, a recordarlos.

No quería revivirlos.

¿O sí quería…?

Jürgen prefería no pensar en ello, porque acababa enfureciéndose consigo mismo. Era como sostener una dura lucha interior, entre lo que él creía que debía hacer y lo que realmente sentía deseos de hacer.

Y esa clase de luchas no le gustaban.

Prefería las otras, las que se sostenían contra un rival, por muy peligroso que éste fuera.

Por eso tenía ganas de llegar a Ferbo.

Intuía que allí tendrían acción.

Y de la buena.

Afortunadamente, estaban llegando ya al peligroso planeta.

Un par de horas más, y la cámara telescópica captaría la imagen de Ferbo. Entonces, sería cuestión de empezar a reducir la fantástica velocidad que en aquellos momentos desarrollaba la nave, para no pasar de largo.

Los retrocohetes se encargarían de ello.

Jürgen pilotaba la nave en aquellos instantes.

Estaba solo en la cabina de mandos, pero Kazuo Tanaka apareció justo en aquel momento.

—Hola, jefe —sonrió el japonés.

Jürgen, que no estaba de muy buen humor, por las razones anteriormente expuestas, soltó un gruñido.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme «jefe»?

—Cuando usted diga, jefe.

—Lo digo ahora.

—Muy bien, jefe —amplió su sonrisa el japonés.

Y resultó tan contagiosa, que Jürgen acabó sonriendo también.

—Contigo no hay quien pueda, maldito.

Tanaka rio.

—He venido a sustituirle, jefe.

—Te lo agradezco, Kazuo, pero seguiré pilotando la nave.

—¿Es que no está cansado…?

—No.

—Pues lleva varias horas seguidas ahí, sentado en ese sillón.

—Es un sillón muy cómodo, ya lo sabes.

Ahora fue el japonés el que emitió un gruñido.

—¿Qué diablos le ocurre en este viaje, jefe? ¡Se lo ha pasado casi entero en la cabina de mandos!

—Eso no es verdad, Kazuo.

—¡Sólo sale de aquí para comer o para dormir!

Jürgen no respondió esta vez.

Kazuo se sentó en el sillón del copiloto.

—¿Por qué las rehúye, jefe?

—¿Qué?

—Estoy hablando de las chicas.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Rehúye usted su compañía, jefe.

—No digas tonterías, Kazuo

—Me he dado cuenta, así que no trate de disimular.

—Kazuo…

—Comprendo que no intente nada con Eva, porque tiene novio, pero que tampoco quiera nada con la otra… Sigrid está para comérsela con botas y todo. Jürgen no pudo reprimir una sonrisa.

—Lo sé mejor que tú, Kazuo.

—¿Y por qué no quiere nada con ella?

—Ya tuve bastante.

El japonés agrandó los ojos.

—¿Quiere decir que usted y esa preciosidad ya…? —juntó significativamente los dedos índices.

—Sí, muchas veces —asintió Jürgen.

—¡Qué suerte!

—No creo que fuera una suerte intimar con Sigrid.

—¿Por qué?

—Me enamoré de ella, Kazuo.

—¿De veras…?

—Sí, locamente.

—¿Y qué pasó?

—Un buen día me dejó.

—¿Que le dejó…?

—Sí, hace un par de años. Por eso tú no la conocías, ni ella a ti.

—Diablos, jefe…

—¿Comprendes ahora por qué no quiero nada con Sigrid, Kazuo?

—Sí, claro.

—No te he hablado nunca de ella porque deseaba olvidar que la conocí.

—Lo entiendo perfectamente, jefe.

Jürgen guardó silencio.

Kazuo carraspeó y dijo:

—¿Puedo hacerle una última pregunta, jefe?

—Bueno.

—¿Ha conseguido olvidar a Sigrid…? ¿Ya no la ama…?

Jürgen, tras unos segundos de duda, respondió:

—No.

—¿A cuál de mis dos preguntas corresponde esa contestación, jefe?

—Adivínalo.

—Pero…

—Dijiste que ibas a hacerme una última pregunta, pero me has hecho dos. Por eso te he dado una sola respuesta.

El japonés sacudió su redonda cabeza.

—Es usted un viejo zorro, jefe.

Jürgen rio.

—Largo de aquí, preguntón.

Kazuo se levantó del sillón y caminó hacia la puerta.

Antes de cruzarla, se volvió y dijo:

—Creo que contestó usted a mi primera pregunta, jefe.

—¡Largo, Kazuo! —rugió Jürgen.

El japonés rio y salió rápidamente de la cabina.

* * *

Ferbo había aparecido ya en la pantalla telescópica, captado por la cámara, por lo que Jürgen Korner llamó a Kazuo Tanaka.

El japonés acudió con prontitud a la cabina de mandos.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Mira la pantalla.

—¿Es Ferbo…?

—Sí.

—¡Bravo!

—Díselo a las chicas. Se alegrarán aún más que tú.

—¿Las traigo a la cabina, jefe…?

—Sí, quiero que estén aquí cuando sobrevolemos el planeta.

—¡Corro en su busca!

Kazuo salió de la cabina y Jürgen activó los cohetes de frenado, para ir reduciendo la vertiginosa velocidad de la nave.

Cuando el japonés regresó, acompañado de Sigrid Zinn y Eva Gerets, Ferbo podía verse ya a través del mirador de la cabina.

Sigrid y Eva, nerviosas, observaron el planeta.

Era un mundo relativamente pequeño, ya que su diámetro ecuatorial no sobrepasaba los 5.000 kilómetros. Se le podía comparar con Mercurio, el menor de los planetas del Sistema Solar.

Afortunadamente, Ferbo era un planeta menos caliente que Mercurio.

No pasaba de ser un planeta cálido, con una temperatura muy agradable, incluso por las noches. Como el agua no escaseaba, la vegetación era abundante, frondosa, formando largas y peligrosas selvas, en las que moraban toda clase de bestias salvajes.

Bestias que se devoraban entre sí o perecían tragadas por las temibles arenas movedizas al menor descuido, porque las había por todas partes.

Las montañas eran impresionantes.

Y los cráteres que coronaban las cimas de muchas de ellas, aún lo

eran más. De algunos de ellos, brotaba humo y algunas llamas, señal inequívoca de que en el momento menos pensado podían entrar en erupción y empezar a vomitar toneladas de lava.

Sigrid y Eva lo contemplaban todo con los ojos muy abiertos y casi sin respirar, porque se hallaban las dos en tensión. También Kazuo lo escrutaba todo con mucha atención.

Los retrocohetes habían cumplido perfectamente su misión, reduciendo la velocidad de la nave de tal manera que ahora podía sobrevolar tranquilamente la selvática superficie de Ferbo.

Jürgen había hecho descender la nave todo lo posible, para escrutar mejor la superficie del planeta y tener más posibilidades de localizar la nave de Mark Renquin y sus compañeros.

Aun así, no sería fácil, dadas las características de la superficie de Ferbo. Podían pasarse un día entero sobrevolando el planeta y no descubrir la nave.

Sin embargo, la suerte les acompañó y localizaron la nave más pronto de lo previsto. Se hallaba posada en un claro de la selva que en aquellos momentos sobrevolaban.

Eva y Sigrid se alegraron muchísimo, pero su alegría se esfumó cuando Jürgen trató de establecer comunicación con Mark Renquin y sus amigos, porque nadie respondió a su llamada.

CAPÍTULO IV

Jürgen Korner desistió.

—No contestan.

—La nave parece intacta, jefe —observó Kazuo Tanaka.

—Sí, salta a la vista que no ha sufrido ningún daño.

—¿Qué ha podido ocurrirles, Jürgen? —preguntó Eva Gerets.

—No lo sé, pero lo averiguaremos. Posaré mi nave junto a la de ellos y echaremos un vistazo a su interior. Hay espacio suficiente en el claro para las dos naves.

Jürgen hizo descender su nave, hasta posarla suavemente al lado de la nave de Mark Renquin y sus compañeros. Después apagó los reactores y la nave quedó tan silenciosa como la otra.

—Vamos a equiparnos, Kazuo.

—Sí, jefe.

Jürgen y Kazuo llevaban sendos monos plateados, muy cómodos y ligeros. Para moverse por la nave, era la prenda ideal, pero no así para explorar un planeta tan selvático como Ferbo. Necesitaban unos trajes ajustados y resistentes.

Se los pusieron.

El de Jürgen era rojo oscuro; el de Kazuo, azul brillante.

Se cambiaron también las botas, por la misma razón.

Después, tomaron armas.

Al cinto, una pistola de rayos láser.

En las manos, fusiles de rayos infrarrojos.

Sigrid y Eva aguardaban en la cabina de mandos.

Cuando Jürgen y Kazuo regresaron, totalmente equipados ya, el primero ofreció un cinto con una pistola de rayos láser a cada una de las muchachas.

—Poneos esto.

Sigrid y Eva vacilaron.

—¿Tenemos que ir armadas, también…? —preguntó la primera.

—Sí, es conveniente —respondió Jürgen.

—Pura precaución, señoritas —dijo Kazuo, sonriendo.

—Está bien —repuso Eva, y se colocó el cinto.

Sigrid se colocó el suyo y empuñó la pistola de rayos láser, para observarla.

—Sabréis usarlas si es necesario, ¿verdad? —preguntó Jürgen.

—Sí, creo que sí.

—Es muy sencillo, señoritas —aseguró Kazuo—. No hay más que presionar el gatillo y ¡zas!, surge el rayo en seguida.

—Ojalá no tengamos que usarlas —deseó Eva, que observaba también su arma.

—En marcha —indicó Jürgen.

Salieron los cuatro de la cabina y fueron hacia la puerta de la nave.

Kazuo la abrió y se encargó también de hacer surgir la rampa metálica que les permitiría descender de la nave.

Jürgen estaba escrutando ya la espesura que rodeaba el claro, por si había alguna fiera acechando. No descubrió nada, así que indicó:

—Descendamos.

Con los fusiles de rayos infrarrojos prestos, Jürgen y Kazuo descendieron de la nave, seguidos de Sigrid y Eva. Cuando estuvieron los cuatro abajo, Jürgen dijo:

—Cierra la puerta, Kazuo, no se nos vaya a colar algún visitante mientras echamos una ojeada a la otra nave.

—Sí, jefe —sonrió el japonés, y utilizó el mando de control remoto que llevaba al cinto.

La puerta de la nave se cerró, pero la rampa metálica continuó quieta. Después, fueron los cuatro hacia la puerta de la nave de Mark Renquin y sus compañeros.

Estaba cerrada, pero Kazuo accionó nuevamente su mando y la puerta empezó a abrirse. La rampa metálica estaba bajada, por lo que no tuvieron problemas para penetrar en la nave.

Jürgen fue el primero en entrar, seguido de Sigrid y Eva, mientras que Kazuo cerraba la marcha, muy atento a la espesura, pues temía, como Jürgen, que surgiera alguna fiera repentinamente y les atacara.

Por el momento, sin embargo, el lugar estaba tranquilo.

Cuando estuvieron los cuatro en el interior de la nave, Kazuo cerró la puerta de nuevo y empezaron a registrarlo todo con las precauciones lógicas.

Eva y Sigrid temían encontrar los cuerpos de Mark y sus compañeros, sin vida, y no podían disimular su nerviosismo.

Afortunadamente, no fue así.

En la nave no había nadie, ni vivo ni muerto.

—Es evidente que salieron de la nave —dijo Jürgen—. Y, por algún motivo que desconocemos, no han podido regresar.

—En la nave, desde luego, no hay señales de lucha —observó Kazuo —. Ni en sus alrededores tampoco.

—Me pregunto adonde irían —murmuró Sigrid.

—Trataremos de hallar su rastro —dijo Jürgen—. Vamos, salgamos de la nave.

Fueron los cuatro hacia la puerta y descendieron de la nave, cuya puerta cerraron de nuevo. Después, escrutaron los alrededores, buscando alguna huella que les indicara la dirección que tomaron Mark Renquin y sus compañeros.

En ello estaban cuando, de repente, se escuchó un escalofriante rugido y una gigantesca bestia surgió de la maleza, avanzando rápidamente hacia ellos.

* * *

Era un saurio.

Un saurio enorme.

Terrorífico.

Al verlo aparecer, Sigrid y Eva se pusieron a chillar como locas y ni siquiera intentaron empuñar sus respectivas pistolas de rayos láser.

Por suerte para ellas, Jürgen y Kazuo no perdieron la serenidad e hicieron frente a la colosal bestia, disparando sus fusiles de rayos infrarrojos.

El saurio gigante se detuvo momentáneamente al recibir la dolorosa mordedura de los rayos infrarrojos en su gruesa y dura piel, rugió aún más fuerte que antes, y agitó rabiosamente su poderosa cola.

Jürgen y Kazuo tuvieron que retroceder, para no verse alcanzados por alguno de los furiosos coletazos de la bestia.

El saurio se lanzó de nuevo hacia ellos, mostrándoles sus terroríficos colmillos, como diciendo: «¡Os voy a engullir enteros, malditos!».

—¡Protegeos debajo de la nave, rápido! —gritó Jürgen, empujando a las chicas.

Sigrid y Eva obedecieron, absolutamente aterrorizadas.

Kazuo estaba disparando de nuevo sobre el gigantesco saurio.

Jürgen hizo funcionar también su fusil por segunda vez, apuntando en esta ocasión a la cabezota del animal, para ver si conseguía abrasarle los ojos y lo dejaba ciego.

Si el saurio dejaba de verlos, le sería mucho más difícil alcanzarlos con sus colmillos o con su temible cola, que él no paraba de sacudir, escocido por los efectos de los rayos infrarrojos.

Jürgen tuvo suerte y abrasó uno de los enormes ojos de la bestia.

El derecho, concretamente.

El saurio pareció enloquecer de ira y de dolor.

Empezó a dar unos altos terribles y su cola se convirtió en un gigantesco látigo que flagelaba el suelo con una potencia que ponía los pelos de punta.

La tierra temblaba a cada coletazo del animal.

Jürgen y Kazuo no tuvieron más remedio que protegerse también debajo de la nave, única manera de esquivar los feroces coletazos del monstruoso saurio.

Resultar alcanzado por alguno de ellos, equivalía a encontrar la muerte casi con toda seguridad, porque lo más probable sería que la cola del saurio machacase a la persona golpeada.

La acción de Jürgen y Kazuo resultó muy oportuna, ya que uno de los tremendos coletazos de la bestia lo recibió la nave. Por fortuna, la resistencia de su fuselaje era extraordinaria y el terrible golpe de cola no hizo mella en su estructura.

No obstante, la nave tembló al recibir el coletazo.

—¡Acabemos con esa bestia, Kazuo! —rugió Jürgen—. ¡Es demasiado peligrosa!

—¡Sí, jefe!

Entre los dos, enviaron una auténtica lluvia de rayos infrarrojos sobre el saurio gigante, buscándole, principalmente, la cabezota.

El ojo izquierdo del animal resultó alcanzado por uno de los rayos.

El saurio quedó totalmente ciego.

Sufría tanto, que ya no sabía lo que hacía.

Rugía, brincaba, y agitaba su cola, pero cada vez con menos fuerza, porque estaba medio muerto ya. Tenía la cabeza totalmente abrasada,

así como gran parte del cuerpo.

Al caer de uno de sus saltos, el animal quedó patas arriba y ya no pudo levantarse.

Kazuo lanzó un grito de euforia.

—¡Está agonizando, jefe!

—¡Eso parece! —respondió Jürgen.

Dejaron los dos de disparar.

El saurio no necesitaba más rayos infrarrojos para encontrar la muerte. Ya casi no podía mover sus patas ni su cola, y sus rugidos eran tan débiles, que más parecían gemidos de moribundo.

Tan sólo unos segundos después, el cuerpo del animal sufría una contracción y quedaba totalmente rígido.

El saurio gigante era ya cadáver.

CAPÍTULO V

Jürgen Korner lanzó un suspiro de alivio.

—Bien, ya podemos salir. El saurio está muerto.

—¡Y bien muerto, jefe! —dijo Kazuo Tanaka—. ¡Lo hemos achicharrado!

Salieron los dos de debajo de la nave, pero no fueron imitados por Sigrid Zinn y Eva Gerets, que seguían con el susto metido en sus cuerpos.

Jürgen las miró.

—¿Pensáis quedaros ahí debajo, preciosas?

—¿Seguro que el animalote está muerto…? —preguntó Sigrid.

—¿Es que no veis lo tieso que se ha quedado?

—Ya no hay peligro, señoritas —aseguró Kazuo—. El saurio está más muerto que mi abuela.

—¿Y si sale otro…? —repuso Eva.

—Lo achicharraremos, también —respondió Jürgen—. Vamos, salid de ahí. Tenemos que buscar a Mark Renquin.

Sigrid y Eva se hicieron el ánimo y salieron de debajo de la nave.

La primera se apretó la nariz.

—Cómo apesta ese bicho…

—Sí, huele a demonios —rezongó la segunda, oprimiéndose también las fosas nasales.

—Alejémonos de él y dejaremos de percibir su hedor —dijo Jürgen, y echó a andar.

Kazuo, Sigrid y Eva le siguieron.

Se adentraron los cuatro en la selva, cautelosamente.

Avanzaban en fila india, abriendo Jürgen la marcha y cerrándola Kazuo. Sigrid y Eva habían empuñado sus pistolas antes de meterse en

la espesura, como intuyendo que iban a necesitarlas.

Durante algunos minutos, no ocurrió nada.

De repente, surgió una araña del tamaño de una tortuga de mar.

Era negra.

Peluda.

Y tenía una especie de aguijón entre los ojos que mediría más de medio metro.

La monstruosa araña, en vez de avanzar hacia sus víctimas, saltó sobre ellas con la agilidad de una rana.

Como había surgido por la derecha, cuando ya Jürgen había pasado por allí, éste no la vio, como tampoco Sigrid, que iba casi pegada a su espalda.

Eva sí vio al gigantesco arácnido.

Y Kazuo también.

La colosal araña había elegido a Eva como primera víctima, y sobre ella caía ya, lanzando una especie de graznido.

—¡Cuidado…! —chilló Kazuo, arrojándose sobre Eva, que ya estaba lanzando un alarido de terror.

La intervención del japonés salvó a la rubia, porque, al tirarla al suelo, evitó que la horripilante araña le clavara su mortífero aguijón en el cuello.

Jürgen y Sigrid se habían revuelto ya.

La araña gigante, al fallar su ataque, había caído también al suelo, a sólo un par de metros de Kazuo y Eva.

Sigrid dio un chillido de horror y retrocedió.

La araña se disponía a saltar de nuevo, pero Jürgen le disparó con su fusil un par de veces y la abrasó, causándole la muerte, con gran alivio por parte de Kazuo y Eva.

De pronto, Sigrid notó que sus pies se hundían en el suelo.

¡Al retroceder había caído en una zona dominada por las arenas movedizas…!

* * *

Jürgen no se había percatado del peligro que corría Sigrid, pues se hallaba pendiente de Kazuo y Eva, quienes tampoco se habían dado cuenta de que Sigrid estaba siendo engullida por las temibles arenas movedizas.

El japonés se puso en pie y ayudó a la rubia a levantarse.

—¿Se encuentra bien, Eva…?

Esta iba a responder que sí, cuando oyeron chillar a Sigrid:

—¡Socorro…!

Jürgen se giró en el acto.

—¡Sigrid! —exclamó, estremeciéndose, porque la muchacha se había hundido ya hasta la cintura en las arenas movedizas.

Kazuo y Eva se estremecieron también.

Y es que Sigrid se estaba hundiendo con una rapidez que hacía sospechar que iba a ser muy difícil evitar que las arenas movedizas la engulleran totalmente.

—¡Ayúdame, Jürgen…! —chilló la muchacha, con la desesperación y la angustia plasmadas en su bello rostro.

Jürgen reaccionó con la rapidez que la situación requería.

Dejó caer su fusil y de un fantástico salto alcanzó una de las ramas del árbol que había a la izquierda de las arenas movedizas. La rama, bastante gruesa, pasaba por encima de éstas, a unos dos metros y medio de altura.

Al quedar suspendido de la rama, los pies de Jürgen quedaron al alcance de las manos de la joven.

—¡Agárrate de mis piernas, Sigrid!

La muchacha lo hizo, cuando ya se había hundido en las arenas movedizas hasta más arriba de sus senos.

—¡Sálvame, Jürgen, te lo suplico!

—¡Tranquila, te sacaré de ahí! ¡Sólo tienes que mantenerte fuertemente agarrada a mis piernas!

—¡Lo haré, te lo juro!

Jürgen comenzó a izarse a pulso.

Kazuo y Eva contuvieron la respiración.

Eran momentos altamente dramáticos, porque Jürgen tendría que realizar un titánico esfuerzo para arrancar a Sigrid de las arenas movedizas.

Sus manos podían resbalar de la rama.

O las de Sigrid de sus piernas.

Incluso podía quebrarse la rama y precipitarse Jürgen también a las arenas movedizas.

Todo podía suceder.

Jürgen seguía izándose poco a poco y Sigrid iba emergiendo de las

arenas movedizas. Cuando ya había salido hasta casi la cintura, se escuchó un crujido.

¡Era la rama!

¡Amenazaba con partirse!

Kazuo y Eva se estremecieron.

—¡Dios mío! —gimió ella, y se abrazó al japonés.

Este la estrechó contra sí y exclamó:

—¡Cuidado con la rama, jefe!

Jürgen no respondió.

Tenía los dientes fuertemente apretados.

Y es que empezaban a dolerle las muñecas, a causa del esfuerzo.

Sus dedos, sin embargo, continuaron aferrados a la rama como garfios.

A Sigrid también le dolían las muñecas, pero no soltaba las piernas de Jürgen, consciente de que le costaría la vida.

La rama crujió de nuevo, oprimiendo el corazón a Kazuo y Eva.

—No resistirá, no resistirá… —musitó ella.

—Confiemos en que sí —repuso el japonés.

Jürgen, demostrando su gran fortaleza física, consiguió sacar totalmente a Sigrid de las arenas movedizas. Entonces, balanceó sus piernas y dijo:

—¡Suéltate cuando yo te lo diga, Sigrid!

—¡Bien!

—¡Ahora!

Sigrid se soltó y cayó fuera de las arenas movedizas, impulsada por Jürgen. Cayó en brazos de Kazuo, que se había preparado para recogerla cuando adivinó la intención de Jürgen.

El balanceo de Jürgen hizo que la rama volviera a crujir, más amenazadoramente que las dos veces anteriores, pues incluso se dobló claramente.

¡Iba a partirse!

Y se partió.

* * *

Eva dio un chillido, pensando que Jürgen iba a caer en las arenas movedizas. Sigrid pensó lo mismo y chilló también.

—¡Jürgen…!

—¡Jefe! —gritó Kazuo, con ojos dilatados.

Afortunadamente, Jürgen supo darle impulso a su cuerpo en el preciso instante en que la rama se quebraba, y cayó fuera de las peligrosas arenas movedizas, librándose de una muerte segura, porque las arenas movedizas se lo hubieran tragado en un santiamén, como se tragaron el pedazo de rama que cayó en ellas.

Sigrid saltó de los brazos de Kazuo y se echó sobre Jürgen, para abrazarle.

—¡Jürgen! —exclamó, loca de alegría.

—¡Se ha salvado, se han salvado los dos! —gritó Eva, y abrazó de nuevo a Kazuo.

Incluso le dio un beso en plena boca, llevada de su júbilo.

Sigrid también besó en los labios a Jürgen, apretadamente.

Al principio, Korner vaciló.

No se decidía a abrazar y besar a su vez a Sigrid, pero finalmente lo hizo, porque en el fondo se moría de ganas.

CAPÍTULO VI

Kazuo Tanaka no esperaba que Eva Gerets le besara.

Y menos, en la boca.

Por eso no fue capaz de reaccionar.

Cuando la atractiva rubia despegó sus labios de los del japonés, sonrió con picardía y dijo:

—Si encontramos a mi novio, no le diga que le di un beso, ¿eh, Kazuo?

—Descuide.

—Mark es muy celoso.

—Entiendo. Lo que no entiendo, en cambio, es por qué me ha besado.

—Porque estoy muy contenta, Kazuo. Además, evitó usted que la monstruosa araña me clavara su temible aguijón, tirándome al suelo. Creo que me salvó la vida. Y tenía la obligación de agradecérselo, qué demonios.

Tanaka rio.

—Jürgen también le salvó la vida a Sigrid. Y ella se lo está agradeciendo del mismo modo.

—¿Eh…? —respingó Eva, porque no se había dado cuenta de que Jürgen y Sigrid se estaban besando con pasión, estrechamente abrazados.

Al volverse, y encontrarlos así, dio un salto de alegría y empezó a aplaudir.

—¡Bravo! —exclamó.

—¿Por qué aplaude, porque se besan muy bien…? —preguntó el japonés, socarrón.

Eva rio.

—¡No sea guasón, Kazuo!

Justo en aquel instante, Jürgen y Sigrid separaban sus bocas y se miraban a los ojos.

—Me has devuelto el beso, Jürgen —observó ella, visiblemente emocionada.

—Pura cortesía —repuso él, aparentemente tranquilo.

—¿Sólo ha sido por eso? ¿Por cortesía…?

—Claro.

—Entonces, no has sentido nada al besarme.

—Bueno, he podido comprobar que tus labios siguen teniendo un delicioso sabor.

—Yo te he besado con el corazón, Jürgen.

—Qué frase tan bonita.

Sigrid apretó los labios.

—Debería darte una bofetada, Jürgen.

—¿Como premio por haberte salvado la vida?

—Por eso me contengo. Estuviste a punto de morir por mí, y no puedo agradecértelo dándote una bofetada. Pero conste que te la mereces por lo que has dicho.

—Tú te mereces más de una, por lo que me hiciste a mí.

—¡Pues dámelas y acabemos de una vez!

—Yo jamás he pegado a una mujer.

—¡Lo que estás haciendo conmigo es mucho peor!

—No tengo ganas de discutir —rezongó Jürgen, y se irguió.

Sigrid continuó sentada en el suelo, con los ojos casi en llanto.

Tenía el traje sucio y había perdido su arma, porque se la habían tragado las arenas movedizas.

Jürgen recogió su fusil e indicó:

—Continuemos la marcha.

Kazuo y Eva cambiaron una mirada.

Habían seguido atentamente la discusión y ambos lamentaban que Jürgen y Sigrid no hubiesen hecho las paces. Parecía que el beso y el abrazo los iban a reconciliar, pero…

Eva se acercó a su amiga y la ayudó a levantarse.

—¿Te encuentras bien, Sigrid?

—No —gruñó su compañera.

—Continúas viva, y eso es lo que importa.

—Casi hubiera sido mejor que las arenas movedizas me tragaran.

—No digas eso.

—¿Es que no has oído al tipo duro?

—Tienes que ser comprensiva, Sigrid.

—Lo intento, pero Jürgen tiene el corazón de piedra.

—Todo se arreglará, ya verás. Por de pronto, ya te ha dado un beso. ¡Y qué beso, chica! —exclamó Eva, aunque en voz baja, para que no lo oyera Jürgen.

—No sintió nada, ya lo oíste —rezongó Sigrid.

—Eso es lo que dice él, pero yo estoy segura de que sintió muchas cosas.

Jürgen soltó un gruñido.

—Basta ya de cuchicheos, guapas. Tenemos que continuar.

—Sí, jefe —respondió Eva, imitando a Kazuo.

El japonés no pudo contener la risa.

Jürgen gruñó de nuevo y echó a andar, rodeando la zona dominada por las arenas movedizas, y Eva, Sigrid y Kazuo le siguieron.

Apenas un centenar de metros después, se tropezaron con otro sector ocupado por las arenas movedizas. No pasó nada, porque Jürgen se aseguraba muy bien del terreno que pisaba y descubrió a tiempo el peligro, sorteándolo.

Un poco más allá, les aguardaba otro peligro.

En esta ocasión, se trataba de una serpiente de varios metros, con la cabeza muy gorda. Se encontraba a la rama de un árbol, muy quieta, y no fue descubierta por Jürgen.

Tampoco Eva y Sigrid la vieron, pero si Kazuo, porque la serpiente se descolgó de pronto, para caer sobre Sigrid.

—¡Cuidado! —gritó el japonés, y efectuó un disparo con su fusil, muy rápido.

El rayo infrarrojo chocó contra la gruesa cabeza del reptil y se la achicharró, haciéndolo caer al suelo, en donde se enrolló.

Kazuo le disparó de nuevo, mientras Sigrid se apartaba de un salto, chillando, porque la serpiente había caído muy cerca de ella.

Eva se había agarrado a Jürgen, dando un grito, también.

Jürgen hizo ademán de utilizar su fusil, pero no llegó a disparar.

Ya no hacía falta.

Kazuo había dado buena cuenta de la serpiente.

Sigrid, pálida y temblorosa, exclamó:

—¡Esta selva es un infierno! ¡Está llena de peligros!

—¡Y que lo digas! —asintió Eva.

—Ya sabíais que Ferbo era un planeta peligroso, antes de salir de Júpiter —recordó Jürgen.

—No me extraña que Mark y sus compañeros no hayan podido regresar a su nave —murmuró Eva, estremecida—. Son tantos los peligros, que en alguno de ellos…

—Eran cuatro hombres —repuso Jürgen—. Y estoy seguro de que iban bien armados. No hay por qué pensar, pues, que estén muertos. Los seguiremos buscando.

Reanudaron la marcha, con todos los sentidos alerta.

Un rato después, en otro claro de la selva, descubrían un extraño templo, construido con gruesas piedras.

Tenía un aspecto siniestro.

Peligroso.

Y realmente lo era, pues allí se rendía culto al dios Gumma.

Un dios cruel.

Despiadado.

Sediento de sangre.

Y sangre le ofrecían sus adoradores, para tenerlo contento y evitar que descargara su ira contra ellos.

CAPÍTULO VII

Jürgen, Eva, Sigrid y Kazuo se detuvieron y observaron el extraño templo, protegidos por la maleza.

—¿Qué diablos será eso, jefe? —rezongó el japonés.

—No lo sé.

—No me gusta su aspecto —dijo Sigrid.

—Ni a mí —habló. Eva.

—¿Vendrían Mark y sus compañeros a este lugar? —se preguntó Jürgen.

—¿Para qué? —repuso Sigrid.

—Quizá era lo que buscaban. O, simplemente, lo encontraron por casualidad, como nosotros. Aunque no me parece casual que posaran su nave a sólo unos cientos de metros de aquí. Más me inclino a creer que descubrieron este templo pagano, o lo que sea, cuando sobrevolaban esta selva y buscaron un lugar cercano donde posar su nave. Si fue así, debieron venir directamente a este lugar.

—Es muy posible, jefe —opinó Kazuo.

—El templo parece solitario —observó Sigrid.

—No se ve a nadie por fuera, pero puede haber gente dentro, así que nos aproximaremos con muchas precauciones —dijo Jürgen—. Seguidme. Y sin hacer ruido.

Salieron los cuatro de la espesura y caminaron lentamente hacia lo que parecía ser la entrada del templo.

Fue una suerte que avanzaran despacio y con la máxima cautela.

De haberlo hecho más de prisa, Jürgen no lo hubiera contado, porque le habría costado la vida.

Ocurrió que el suelo cedió repentinamente bajo sus pies.

¡Era una trampa!

¡Una trampa mortal, ya que se trataba de un foso profundo con el fondo repleto de estacas afiladas, apuntando hacia arriba, prestas a ensartar a cualquier ser vivo que se precipitase contra ellas!

Y Jürgen estuvo a punto de precipitarse.

Por fortuna, y gracias a su extraordinaria agilidad, pudo revolverse en el aire y agarrarse al borde de la trampa, quedando momentáneamente suspendido.

Lo único que cayó al fondo de la trampa, pues, fue su fusil de rayos infrarrojos.

Sigrid y Eva habían gritado a dúo, al ver que el suelo se tragaba inesperadamente a Jürgen.

—¡Jefe! —rugió Kazuo, dando un salto hacia adelante, aunque no hubiera podido hacer nada por Jürgen, de no haberse agarrado éste milagrosamente al borde de la trampa.

—¡Ayúdame, Kazuo! —pidió Korner.

—¡Sí, jefe!

El japonés se arrodilló, dejó su fusil en el suelo, y agarró por las muñecas a Jürgen. Este pesaba más de noventa kilos, pero Kazuo lo subió con facilidad, gracias a sus poderosos músculos.

Ya fuera de la trampa, Jürgen respiró tranquilo y echó una mirada al fondo de la trampa.

—De buena me he librado, Kazuo —rezongó.

—¡Y que lo diga, jefe!

Sigrid y Eva se asomaron también al profundo foso.

—¡Hay huesos entre las estacas! —exclamó la primera.

—¡Qué horror! —gritó la segunda, retirándose.

—Es evidente que otros tuvieron menos suerte que yo —comentó Jürgen—. Aunque parecen huesos de animales, ¿no, Kazuo?

—Yo diría que sí, jefe.

Jürgen se irguió.

—Me he quedado sin fusil —se lamentó.

—Tenga el mío, jefe.

—No, empuñaré la pistola.

—Como quiera.

Con el arma ya en la diestra, Jürgen dijo:

—Creo que esta trampa tiene como misión impedir que las bestias de esta selva puedan acercarse al templo. Si es así, debe haber más. El templo tiene que estar rodeado de trampas como ésta. Y, entre trampa y

trampa, debe quedar un pequeño espacio por el que poder pasar.

—¿Usted cree, jefe?

—En seguida lo sabremos.

Jürgen fue hacia el lado derecho de la trampa en la que él había estado a punto de precipitarse.

—¡Ten cuidado, Jürgen! —rogó Sigrid.

Korner la miró, descubriendo el claro gesto de temor de la muchacha.

—Lo tendré, no te preocupes —respondió.

Después, tanteó el suelo con la punta de su pie derecho.

En cuanto presionó, la tierra cedió y otro profundo foso quedó al descubierto.

Jürgen había dado un salto hacia atrás, por si acaso.

Entre una trampa y otra, efectivamente, había quedado una franja de terreno. Era estrecha, pero una persona podía pasar perfectamente por ella.

Si no se ponía nerviosa, claro, porque si lo hacía, corría el peligro de perder el equilibrio y precipitarse a una de las trampas, quedando ensartada por las afiladas estacas.

Jürgen se asomó a la segunda trampa y ojeó el fondo.

Al instante, un escalofrío le recorrió el cuerpo de pies a cabeza.

¡Había dos hombres ensartados por las mortíferas estacas!

* * *

Kazuo Tanaka se asomó también al segundo foso y descubrió los dos cuerpos atravesados por las puntiagudas estacas, lo que le hizo dar un fuerte respingo.

—¡Oh, Dios, no! —exclamó, desorbitando los ojos.

Sigrid Zinn y Eva Gerets, alarmadas, quisieron mirar el fondo de la segunda trampa, pero Jürgen Korner se volvió y las detuvo a las dos.

—Esperad —rogó.

—¿Qué sucede, Jürgen…? —preguntó Sigrid.

—Hay dos hombres ahí abajo.

Eva sintió que se le helaba la sangre.

—¿Dos… hombres? —balbuceó.

—Sí.

—¿Terrestres…?

—Sí. Visten como nosotros y llevaban armas como las nuestras.

Eva tuvo un fallo cardíaco.

—¡Mark…! —chilló, e intentó apartar a Jürgen, para poder asomarse a la trampa.

Korner la sujetó con fuerza, olvidándose de Sigrid, que parecía más serena.

—¡Puede que ninguno de los dos sea Mark Renquin! —dijo.

—¡Tengo que averiguarlo! ¡Suélteme, Jürgen!

—¡No, Eva! ¡Que mire Sigrid!

Eva miró a su amiga.

Sigrid tragó saliva y murmuró:

—Sí, creo que es mejor que mire yo, Eva.

—¡Dios mío! —sollozó Eva Gerets.

Sigrid se asomó al foso y observó los cadáveres.

Estaban boca arriba, así que no tuvo dificultad para ver sus caras.

Sigrid se tambaleó peligrosamente, porque el espectáculo era demasiado horroroso.

Kazuo se percató de ello y se apresuró a sujetarla de un brazo.

—Cuidado no vaya a caerse, señorita —dijo.

Sigrid cerró los ojos un instante.

No podía seguir, mirando los cuerpos de los dos desgraciados, porque llevaban bastantes días muertos y estaban horriblemente desfigurados.

A pesar de ello, la muchacha pudo afirmar:

—Ninguno de los dos es Mark Renquin.

CAPÍTULO VIII

Eva Gerets sintió un gran alivio.

No obstante, preguntó:

—¿Estás segura, Sigrid…?

—Sí, puedo verles las caras a los dos. Deben ser dos de los compañeros de Mark —respondió Sigrid Zinn.

—Debieron caer en la trampa cuando se aproximaban al templo —dijo Jürgen Korner, que todavía sujetaba por los hombros a Eva.

—Seguro, jefe —habló Kazuo Tanaka.

—¿Y Mark y el otro compañero…? —dijo Eva—. ¿No caerían en otra trampa…?

Jürgen meneó la cabeza.

—Estoy seguro de que no. Cayeron los dos hombres que iban delante. Mark y el otro hombre debían ir detrás de ellos, y eso les salvó. Lo ocurrido les puso en guardia y tantearon el terreno con precaución, antes de acercarse al templo. Como hice yo. Seguro que pasaron por entre dos de las trampas. Como vamos a hacer nosotros.

—¿Vamos a entrar en ese siniestro templo…? —preguntó Sigrid, que ya no miraba el fondo del foso.

Se había retirado de la trampa y Kazuo le había soltado el brazo.

Jürgen la miró.

—Tenemos que entrar, Sigrid. Intuyo que en ese templo está la clave de todo. Si queremos encontrar a Mark Renquin, o saber al menos qué ha sido de él, debemos penetrar en el templo.

—Jürgen tiene razón, Sigrid —opinó Eva—. También a mí me asusta entrar ahí, pero…

—Nosotros las protegeremos, señoritas —dijo Kazuo, con una ligera sonrisa—. ¿Verdad que no permitiremos que les ocurra nada, jefe?

Jürgen sonrió también.

—Desde luego que no. Son demasiado guapas.

—Gracias por el piropo —dijo Eva.

Sigrid guardó silencio.

—Voy a pasar por entre las trampas —dijo Jürgen—. Quiero asegurarme de que el terreno, más allá de los fosos, es firme.

—Voy con usted, jefe.

—No, Kazuo. Quédate aquí, con las chicas. Pueden necesitarte, si surge algún animal de la espesura.

—Está bien. Pero tenga cuidado, ¿eh, jefe? —rogó el japonés—. No quisiera verlo ensartado.

—¡Ni yo! —exclamó Eva.

—Por favor, Jürgen, actúa con los cinco sentidos —pidió Sigrid, visiblemente preocupada.

—No temas. Tú y yo aún discutiremos más veces —repuso Korner, con ironía.

Después, atravesó la franja de terreno que quedaba entre foso y foso.

Lo hizo con seguridad.

Sin pensar en lo que podía suceder si perdía el equilibrio y se precipitaba a una de las trampas.

Luego, tanteó con cuidado la zona que había más allá de las trampas.

Era terreno firme.

No había más fosos encubiertos.

Las trampas, como él suponía, formaban una especie de cinturón en torno al extraño templo, haciendo imposible que las bestias que moraban en la peligrosa selva pudiesen aproximarse a él.

Las que lo intentaban, pisaban las trampas y se precipitaban contra las mortíferas estacas, quedando ensartadas en ellas. Y allí se pudrían sus cuerpos, hasta quedar solamente sus esqueletos.

Concluida la inspección, Jürgen volvió a pasar por entre los dos fosos y dijo:

—No hay trampas al otro lado. Podemos pasar tranquilos.

—Magnífico —dijo Tanaka.

—¿Os atrevéis a cruzar por entre los fosos? —preguntó Jürgen a las chicas,

Sigrid y Eva se miraron, nerviosas.

Se decían que la franja de terreno que quedaba entre trampa y

trampa era peligrosamente estrecha. Y pensaban en las afiladas estacas, esperando siniestramente la caída de sus cuerpos, para ensartarlos y causarles la muerte.

Jürgen adivinó que tenían miedo y dijo:

—Será mejor que las pasemos nosotros en brazos, Kazuo.

—Estoy de acuerdo, jefe.

—Yo cogeré a Eva y tú a Sigrid.

—No, yo prefiero que me coja Kazuo —dijo al instante Eva, y se plantó delante del japonés—. Evitó que la monstruosa araña me atravesara el cuello con su aguijón y le estoy muy agradecida.

—De acuerdo, yo cogeré a Sigrid —gruñó Jürgen.

—Si lo dices con esa cara de vinagre, prefiero pasar sola —repuso Sigrid, enfadada.

—Dudo que te atrevieras.

—Te lo demostraré —dijo la muchacha, y dio un paso hacia la franja de terreno.

—¡No seas loca, Sigrid! —gritó Eva.

Por fortuna, Jürgen agarró del brazo a Sigrid y la detuvo.

—¿Es que quieres morir, insensata?

—Quizá no te lo creas, pero la verdad es que no tengo demasiadas ganas de vivir.

—No pensabas así cuando te caíste en las arenas movedizas.

—Pues ahora sí.

Jürgen la cogió en brazos, con brusquedad.

—Agárrate a mi cuello, vamos —rezongó.

Sigrid obedeció.

Jürgen pasó por entre los dos fosos, con paso firme y seguro.

Al verse rodeada de estacas puntiagudas como lanzas, Sigrid se apretó instintivamente contra Jürgen.

Este sonrió irónicamente.

—Y decías que no tenías demasiadas ganas de vivir…

—Tú sabes bien por qué lo dije.

Estaban ya al otro lado de los fosos, por lo que Jürgen hizo ademán de dejar en el suelo a Sigrid.

—Espera —rogó ella.

—¿Qué pasa, te sientes a gusto en mis brazos?

Sigrid lo miró a los ojos, con fijeza.

—¿De verdad no sentiste nada cuando me besaste, Jürgen?

—Muy poco.

—¿Por qué no me besas otra vez? —sugirió Sigrid—. Quizá ahora sientas algo más.

—Estoy seguro de que sentiría lo mismo.

Sigrid lo besó.

Jürgen tardó unos segundos en reaccionar, pero luego le devolvió el beso, que se tornó apretado e intenso, profundo, ardiente.

Desde el otro lado de las trampas, Eva y Kazuo contemplaban la escena.

—Le apuesto lo que quiera a que se reconcilian, Kazuo —dijo ella.

—Yo me alegraría mucho —confesó el japonés.

—Y yo, aún más.

—¿La cojo en brazos ya, señorita?

—Sí, cuando quiera.

Kazuo cargó con ella y empezó a atravesar la peligrosa franja de terreno que limitaba las mortales trampas. Lo hizo con paso lento, pero con seguridad.

Eva no quería mirar abajo, pero no pudo resistir la tentación de echar una fugaz ojeada a los cuerpos de los compañeros de Mark Renquin.

Se le escapó un gemido de horror y cerró los ojos inmediatamente, al tiempo que se apretaba contra el musculoso pecho del japonés.

—No mire abajo, señorita —aconsejó Kazuo.

—Ya lo he hecho.

—No debió mirar. Es demasiado horrible.

—Sí.

Kazuo alcanzó el otro lado y dejó a Eva en el suelo. Jürgen seguía teniendo a Sigrid en brazos.

Y continuaban con las bocas unidas.

Eva esbozó una sonrisa.

—El que decía que no sentía nada…

Kazuo rio.

—¡Es un beso de concurso!

Al oírlos, Jürgen y Sigrid separaron sus bocas.

—¿Has sentido algo más, esta vez? —preguntó ella.

—Creo que sí —confesó él.

—Menos mal.

Jürgen la dejó en el suelo y dijo:

—Entremos en el templo.

Justo en el momento en que echaban a andar, se escuchó un poderoso rugido.

Se volvieron los cuatro, porque el rugido había sonado a sus espaldas. Jürgen tenía la pistola de rayos láser en la diestra y Kazuo empuñaba con firmeza su fusil de rayos infrarrojos.

Una horrible bestia acababa de surgir de la espesura. Tenía aspecto de larva.

De gusano enorme.

Era una oruga realmente monstruosa.

El animalote movió sus muchas patas con rapidez, al tiempo que lanzaba otro potente rugido.

Sigrid y Eva chillaron, aterradas.

Kazuo se disponía a hacer uso de su fusil, cuando Jürgen lo agarró del brazo y gritó:

—¡No dispares! ¡Las trampas se encargarán de él!

El japonés obedeció.

La gigantesca oruga sorteó los dos fosos e intentó pasar por la derecha del segundo, pero el suelo cedió súbitamente bajo sus patas y la monstruosa larva se precipitó de cabeza contra el fondo de la tercera trampa.

Por el rugido que lanzó el animalote, Jürgen supo que había encontrado la muerte en el fondo del foso, al quedar ensartado en las largas y afiladas estacas.

Se asomó a la trampa, lo mismo que Kazuo y las chicas, y los cuatro pudieron comprobar que la terrorífica oruga era ya cadáver.

CAPÍTULO IX

—Las gentes que suelan frecuentar este extraño templo pueden sentirse seguras, no cabe duda —dijo Jürgen, mientras contemplaba el cuerpo inmóvil de la larva gigante, ensartado por múltiples estacas.

—Seguras, en el interior del templo, porque para llegar hasta él, con los peligros que encierra la selva que rodea este lugar… —repuso Kazuo.

—Muy bien observado —dijo Eva.

—Opino igual —manifestó Sigrid—. Si para llegar a este templo, tiene que atravesar la selva, se necesitan ganas.

—Quizá no tengan necesidad de atravesarla —repuso Jürgen—. El templo puede tener una entrada subterránea. Una especie de túnel o pasadizo que desemboque fuera de esta peligrosa jungla.

—Eso sería mucho más seguro, desde luego —dijo Kazuo.

—Bien, es hora ya de que entremos en el templo y veamos lo que hay dentro —suspiró Jürgen, apartándose del foso en el que había hallado la muerte el gigantesco gusano.

Caminó directo hacia la puerta del templo, seguido de cerca por Sigrid, Eva y Kazuo.

La puerta era una gran piedra plana, que debía pesar una barbaridad.

No sería fácil moverla, a menos que existiese algún mecanismo que se encargase de ello. Y debía existir, en buena lógica, porque una puerta como aquélla no podía haber sido ideada para abrirla a empujones.

Jürgen y Kazuo la tantearon.

—Esto no hay quien lo mueva, jefe —rezongó el japonés.

—Tiene que haber algún resorte que active su mecanismo, Kazuo.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—Pues yo no lo veo por ninguna parte, jefe.

—Debe estar disimulado. Busquémoslo, Kazuo.

Escrutaron los dos atentamente los alrededores de la enorme piedra plana que protegía la entrada del templo. Sigrid y Eva colaboraron en tal menester.

Y fue precisamente Sigrid quien descubrió una especie de gancho, perfectamente oculto en una grieta, entre dos de las piedras próximas a la puerta del siniestro templo.

—¿No será esto el resorte, Jürgen…? —exclamó.

—Déjame ver.

Jürgen observó el extraño gancho.

—Creo que ya lo tenemos, Kazuo.

—Pruebe a ver, jefe.

Jürgen tiró del gancho hacia abajo, suavemente.

Al instante, se escuchó el ruido de un mecanismo entrando en funcionamiento y la gigantesca piedra plana empezó a girar sobre sí misma, descubriendo la entrada del templo.

—¡Fantástico! —exclamó Kazuo.

—¡Te mereces un beso, Sigrid! —dijo Eva.

—Guárdalo para Mark, cuando lo encontremos.

—No, si no me refería a un beso mío, sino a Jürgen —aclaró Eva, riendo.

—Se lo debo —dijo Korner.

—Cobarde —dijo Sigrid, para picarle.

Y lo consiguió.

—A mí nadie me llama cobarde —rezongó Jürgen, abarcando a Sigrid por la cintura y besándola fuertemente en los labios.

—¡Qué jefe más macho tengo! —exclamó Kazuo, riendo y haciendo reír a Eva.

Jürgen soltó a Sigrid, que tras el beso se veía nuevamente feliz.

Sin cambiar una sola palabra con ella, indicó:

—Penetremos en el templo.

—Sí, jefe —sonrió Kazuo.

La pesada piedra se había detenido justo en medio de la entrada, por lo que se podía pasar tanto por su derecha como por su izquierda.

Jürgen y Kazuo penetraron en el templo, cada uno por un lado y con las armas prestas. Sigrid y Eva les siguieron, conteniendo el aliento,

pues no sabían lo que iban a encontrar en el interior de aquella siniestra construcción que se levantaba en plena selva.

Lo primero que vieron, fue una escalera de caracol.

Era de piedra y sus escalones tenían una altura superior a la normal.

Una antorcha, colocada en la pared, la iluminaba.

Antes de descender por ella, Jürgen se fijó en la palanca que había en la pared, cerca de la puerta. Intuyó que servía para abrir y cerrar la puerta del templo desde dentro y la accionó.

Efectivamente, el mecanismo se puso en marcha de nuevo y la enorme piedra plana volvió a girar sobre sí misma, cubriendo poco a poco la entrada del templo.

—La gente que construyó este templo no es tonta —murmuró.

—Desde luego que no, jefe —sonrió Kazuo.

—Veamos qué hay abajo —dijo Jürgen, y empezó a descender por la escalera de caracol, seguido de Kazuo, Sigrid y Eva.

Otra antorcha iluminaba tramo de la misma.

Y, una tercera, el último tramo de la misma.

Cuando ya casi estaban llegando abajo, empezaron a escuchar voces.

Unas voces extrañas, que parecían entonar un siniestro cántico.

Jürgen rogó silencio a Kazuo, Sigrid y Eva, con un claro gesto, y después acabó de descender los pocos escalones que quedaban, lo que le permitió ver el interior del templo.

Y lo que estaba ocurriendo en él.

Era tan estremecedor, que Jürgen sintió que se le ponía el vello de punta.

* * *

El extraño templo era mucho mayor de lo que parecía desde fuera, al hallarse incrustado varios metros en el suelo. Y mucho más siniestro, también, en su interior que en el exterior.

Lo primero que producía escalofríos, era la horrible imagen que se veía al fondo, sobre una especie de altar. Era una figura grande y parecía representar un lagarto, sólo que, en vez de patas, tenía brazos y piernas de hombre.

Era lo único que tenía de humano, sus extremidades.

Todo lo demás, semejaba un lagarto enorme y monstruoso, cabeza incluida. Sus ojos redondos y salidos, parecían despedir fuego.

Era como si tuvieran vida.

Y no podían tenerla, porque se trataba solamente de una estatua.

De una figura esculpida, al parecer, de metal.

Era la imagen del dios Gumma.

El cruel Gumma.

El sanguinario Gumma.

El dios al que rendían culto las gentes de Ferbo.

Un dios adorado y temido, al que había que ofrecer sacrificios humanos para tenerlo satisfecho y no despertar su cólera.

Gumma exigía sangre.

La sangre de hombres y mujeres jóvenes.

Y los sacerdotes se la ofrecían con regularidad.

En esta ocasión, se trataba de una mujer.

Una muchacha morena, hermosa, de cuerpo perfecto.

Nadie podía dudarlo, porque la chica, una nativa, yacía completamente desnuda sobre la mesa de sacrificios. Estaba boca arriba y parecía resignada a su suerte, a pesar del terror que sentía, porque sabía que iba a morir.

Nada podía hacer por impedir que los sacerdotes la sacrificasen, ya que la tenían sujeta a la mesa con correas. Una le pasaba por el pecho, justo por debajo de los senos, inmovilizándole también los brazos; la segunda correa le pasaba por las caderas; y la tercera, por los tobillos, impidiéndole mover las piernas.

El templo se hallaba suficientemente iluminado por un buen número de antorchas, perfectamente distribuidas. Sobre el altar, a ambos lados, ardían dos recipientes que parecían contener aceite. Un aceite que, al quemarse, impregnaba todo el templo de un olor muy particular.

Los sacerdotes, seis en total, se hallaban postrados en torno a la mesa de sacrificios, todos de cara al altar. Eran ellos los que canturreaban de forma siniestra.

Era la ceremonia previa al sacrificio.

El ofrecimiento al dios Gumma de una nueva víctima.

La sangre joven y fresca de una hermosa muchacha.

Los sacerdotes llevaban el cráneo afeitado y se cubrían con unas largas túnicas blancas. Calzaban sandalias doradas, atadas a las piernas por sendas tiras igualmente doradas.

De pronto, uno de los sacerdotes se irguió e hizo una indicación a los otros cinco. Se incorporaron también y el extraño cántico cesó, para

desesperación de la nativa que iba a ser sacrificada, porque ello significaba que había llegado el momento del sacrificio.

La muchacha se agitó nerviosamente sobre la siniestra mesa.

No quería gritar, entre otras cosas porque no serviría de nada, pero le iba a resultar muy difícil contenerse.

Le esperaba una muerte horrible, y ella lo sabía.

Su agonía sería lenta, porque así lo querían los sacerdotes.

Moriría poco a poco.

Sentiría brotar la sangre de su cuerpo, a través de las heridas.

Seis heridas, concretamente, porque recibiría seis puñaladas.

Una de cada sacerdote.

Y ninguna en el corazón o algún otro órgano vital, porque entonces moriría en seguida y el sacrificio duraría muy poco.

Las víctimas tenían que morir desangradas.

Esa era la norma y la muchacha morena no podía ser una excepción.

Los sacerdotes tomaron los puñales y rodearon la mesa de sacrificios.

El sacerdote principal levantó el suyo.

Sería el primero en herir a la nativa.

La muchacha miró el destellante puñal con ojos espantados y ya no pudo resistir más. Se agitó de nuevo sobre la mesa de sacrificios y lanzó un grito terrible.

Angustioso.

Desesperado.

CAPÍTULO X

Jürgen Korner se dijo que ya habían visto bastante.

Era el momento de intervenir.

Tenían que impedir que los tipos de las túnicas blancas asesinaran a la indefensa muchacha morena.

Jürgen dio un salto y se dejó ver, gritando:

—¡Quietos, locos!

Kazuo Tanaka se dejó ver también y apuntó a los sacerdotes con su fusil de rayos infrarrojos.

—¡Soltad esos puñales, cobardes! —rugió.

Tras ellos, surgieron Sigrid Zinn y Eva Gerets, profundamente impresionadas por lo que hablan presenciado. Y por lo que hubiera sucedido, de no haber penetrado ellos cuatro en el siniestro templo.

Los seis sacerdotes se habían quedado paralizados por la sorpresa.

La bella nativa, al oír voces, ladeó la cabeza y miró hacia la escalera de caracol, dejando de gritar. Al ver a los terrestres, un rayo de esperanza iluminó su rostro, porque pensaba que aún podía salvarse, librarse de aquella horrible muerte.

—¡Ayudadme, por favor! —suplicó, en su lengua.

Naturalmente, los terrestres no entendieron lo que decía, aunque lo adivinaron por la expresión de su cara.

El sacerdote principal tenía todavía su puñal en alto.

De pronto, reaccionó y empezó a ladrar cosas en su lengua.

Los otros cinco sacerdotes ladraron también y se lanzaron hacia los terrestres, blandiendo sus puñales.

—¡Deteneos, imbéciles! —gritó Jürgen—. ¡Nuestras armas son mucho más poderosas!

Los sacerdotes no frenaron su carrera.

—¡Tendremos que hacerles una demostración, jefe! —dijo Kazuo.

—¡Ellos lo han querido! —barbotó Jürgen, y accionó su pistola.

El rayo láser golpeó en el pecho a uno de los sacerdotes y el tipo cayó fulminado.

Kazuo hizo funcionar también su fusil de rayos infrarrojos, abatiendo instantáneamente a otro sacerdote.

Los otros tres, sin embargo, no se detuvieron.

Jürgen, que no quería matarlos a todos, aunque los tipos se lo mereciesen, indicó:

—¡Los recibiremos a golpes, Kazuo!

—¡Bien, jefe! —respondió el japonés, y le lanzó el fusil a Sigrid, diciendo—: ¡Téngame esto un momento, señorita!

Sigrid se hizo cargo del arma.

Kazuo se escupió en las manos y se dispuso a repartir sopapos.

Jürgen no enfundó su pistola, porque temía que el sacerdote principal, que se había quedado junto a la mesa de sacrificios, hiciese uso de su puñal y matase a la muchacha morena.

Sin perder de vista al tipo, recibió a los tres sacerdotes que venían hacia ellos. Burló la mortal puñalada de uno de los tipos, dando un ágil salto, y después le estrelló el puño izquierdo en la cara, derribándolo.

Kazuo esquivó el puñal de otro de los sacerdotes, y luego le cascó con el puño derecho, en toda la mandíbula.

El tipo rodó por el suelo.

El tercero dudó entra atacar a Jürgen o a Kazuo.

Intentó clavarle el puñal en el pecho, pero Kazuo le aferró el brazo a tiempo, se puso de espaldas a él, y lo volteó espectacularmente por encima de su cabeza.

El sacerdote chocó contra el suelo con tanta dureza, que ya no pudo levantarse. No tenía la espalda partida, pero casi.

Los otros dos si se levantaron.

Ambos habían perdido sus respectivos puñales, pero eso no pareció importarles demasiado, ya que se lanzaron como fieras sobre los dos varones terrestres.

Kazuo decidió utilizar los cantos de las manos, con los que era capaz de partir cualquier cosa si se lo proponía.

Jürgen recibió al suyo con un zurdazo al hígado, y cuando el tipo se dobló, dando un bramido, le atizó en la cabeza con la pistola de rayos láser.

El sacerdote se desplomó en el acto y quedó tendido en el suelo, sin conocimiento.

Kazuo ya le estaba arreando al otro.

En los hombros, en los costados, en el cuello.

Los filos de sus manos eran dos auténticas hachas.

¡Y con qué rapidez las manejaba!

El sacerdote no sabía qué agarrarse, porque le dolía todo.

Un nuevo «hachazo», ahora en la frente, hizo que el tipo pusiera los ojos en blanco y se derrumbara como una pared.

Sigrid y Eva vitorearon a Jürgen y Kazuo, entusiasmadas.

El sacerdote principal, en cambio, los maldijo en su lengua.

Y como él solo nada podía hacer contra los terrestres, optó por soltarle una puñalada en el corazón a la muchacha morena y huir, en busca de ayuda.

—¡Los extranjeros no te salvarán, maldita! —rugió, y levantó su puñal.

La nativa chilló con todas sus fuerzas.

Por suerte para ella, Jürgen, que no había dejado de vigilar al sacerdote principal, descubrió a tiempo sus intenciones y le envió un rayo láser, alcanzándole en plena caja torácica.

El impacto, mortal de necesidad, hizo que el tipo se desplomara al instante, soltando el puñal.

La nativa lanzó un gran suspiro de alivio.

¡Estaba salvada!

* * *

Jürgen soltaba ya las correas que sujetaban a la muchacha morena a la siniestra mesa de sacrificios.

Ella les daba las gracias una y otra vez, pero como lo hacía en su lengua, los terrestres no sabían lo que decía.

No lejos de la mesa de sacrificios, yacían, en el suelo, una corta túnica verde y un breve pantaloncito, del mismo color. Eran las ropas de la nativa.

Sigrid supo adivinarlo y se las ofreció, en cuanto la muchacha estuvo libre.

La nativa se vistió y volvió a dar las gracias a los terrestres.

Como sabía que no la entendían, se inclinó y besó las manos de

Jürgen y de Kazuo.

—¿Qué hace esta chica, jefe…? —exclamó el japonés.

—Nos agradece que la hayamos salvado —sonrió Jürgen.

—Pobre muchacha —dijo Sigrid—. Ha vivido unos momentos espantosos de verdad.

—Si no llegamos a entrar en el templo… —habló Eva.

—¿Por qué querrían matarla los tipos, jefe? —preguntó Kazuo.

Jürgen miró hacia el altar.

—Iban a sacrificarla. Ese horrible lagarto, con brazos y piernas de hombre, debe ser su dios.

—Es una imagen monstruosa —dijo Sigrid, estremeciéndose.

—Espero que Mark y su compañero no cayeran en manos de esta gente tan cruel… —murmuró Eva.

Jürgen, Sigrid y Kazuo se miraron entre sí, porque estaban pensando lo mismo que Eva.

La nativa no se cansaba de besar las manos de Jürgen y Kazuo, sus salvadores. Y seguía pronunciando palabras en su lengua.

—Si pudiéramos entendernos con ella… —dijo Jürgen—. Quizá sepa lo que fue de Mark y el otro hombre.

—Habla una lengua muy rara, jefe —repuso Kazuo.

—La nuestra también se lo debe parecer a ella —dijo Sigrid.

—Claro, es normal —añadió Eva.

Jürgen cogió por los hombros a la nativa.

—Basta de besos en las manos, preciosa. Lo que queremos, es entendernos contigo. Por ejemplo, nos gustaría saber tu nombre. Yo me llamo Jürgen. Yo, Jürgen. Jürgen… Jürgen… Jürgen… —se golpeó suavemente el pecho, mientras repetía su nombre.

La nativa, que tenía los ojos despiertos e inteligentes, murmuró:

—Jürgen…

—¡Eso es! —exclamó Korner.

—¡Le ha entendido, jefe! —dijo Tanaka.

—Silencio, Kazuo. No quiero que me distraigáis a la chica. Conviene que esté concentrada.

—Sí, jefe.

Korner, sin soltar los hombros de la nativa, excepto cuando se tocaba el pecho mientras repetía su nombre, volvió a la carga:

—Yo, Jürgen.

—Jürgen… —repitió la muchacha.

—Sí, Jürgen es mi nombre. Ahora, dime cómo te llamas tú. Dime tu nombre, tu nombre… —Korner tocó ahora el pecho de la nativa.

Ella sonrió de pronto y exclamó:

—¡Naga!

—¿Te llamas Naga…?

—¡Naga! ¡Naga! ¡Naga! —repitió la nativa, contenta de haber entendido al extranjero.

—¡Pero qué chica tan lista! —exclamó Jürgen, riendo.

Kazuo, Sigrid y Eva rieron también.

La bella nativa unió su risa a la de ellos.

De repente, se escuchó un rugido.

Parecía llegar de lejos, pero el caso es que sonó cerca.

Justo encima del altar.

¡El rugido lo había emitido el dios Gumma…!

CAPÍTULO XI

Jürgen Korner apuntó con su pistola a la horrible figura que ocupaba el altar. Se resistía a admitir que una estatua esculpida en metal pudiera emitir rugidos, pero estaba seguro de que el rugido que habían escuchado había salido de las entreabiertas fauces de la aterradora imagen.

Kazuo Tanaka pensaba lo mismo, y apuntaba hacia el dios Gumma con su fusil de rayos infrarrojos.

Sigrid Zinn y Eva Gerets, muy asustadas, observaban fijamente la imagen de Gumma, con ojos dilatados.

Naga, la bella nativa, estaba aún más asustada que ellas, pues conocía el poder del dios Gumma y por el rugido que acababa de emitir sabía que se hallaba terriblemente furioso.

Y era lógico, después de lo ocurrido.

Se había quedado sin sacrificio.

Sin la sangre joven y cálida de Naga.

Además, tres de los sacerdotes estaban muertos y los otros tres se hallaban inconscientes.

Y todo por culpa de los extranjeros.

Su inoportuna irrupción en el templo había estropeado la ceremonia.

Tenían que pagar por ello.

Gumma emitió un segundo rugido, más potente que el anterior.

Jürgen, Kazuo, Sigrid, Eva y Naga retrocedieron, terriblemente impresionados, pues ninguno de ellos dudaba ya de que los rugidos los emitía la figura de metal que representaba a un monstruoso lagarto con brazos y piernas de hombre.

Coincidiendo con el segundo rugido, los horribles ojos de la imagen acentuaron su fulgor, hasta el punto de convertirse en dos auténticas

brasas encendidas.,

A continuación, la imagen entera tembló.

¡Parecía que iba a cobrar vida!

¡Abandonar el altar!

¡Atacar a los extranjeros!

Kazuo, con ojos desencajados, chilló:

—¡Ese animal con extremidades humanas tiene vida, jefe!

Jürgen, que pensaba lo mismo, rugió:

—¡Destruyámoslo, Kazuo!

La pistola emitió un rayo láser.

El fusil, un rayo infrarrojo.

La imagen del dios Gumma acusó los impactos.

Sus aterradoras fauces se abrieron más y lanzaron un terrible bramido de color.

Y es que ya no se trataba de una figura esculpida en metal.

¡Ahora era de carne y hueso!

¡La imagen se había transformado!

¡Había cobrado vida…!

—¡Atrás! —rugió Jürgen—. ¡Retroceded!

Sigrid, Eva y Naga echaron a correr, alejándose del altar.

Resultó muy oportuno, ya que, justo en aquel momento, el dios Gumma abandonaba el altar y saltaba sobre Jürgen y Kazuo, rugiendo de cólera y de dolor.

—¡Dispara, Kazuo…! —gritó Korner, al tiempo que accionaba de nuevo el gatillo de su pistola.

Tanaka presionó también el gatillo de su fusil.

El gigantesco lagarto con extremidades humanas, alcanzando en el aire por un segundo rayo láser y un segundo rayo infrarrojo, bramó como loco y cayó al suelo, muy cerca de Jürgen y Kazuo.

Estos retrocedieron con rapidez, pero lo hicieron disparando de nuevo contra el dios Gumma.

¡Tenían que acabar con él!

¡Destruirlo por completo!

¡Aniquilarlo para siempre!

Gumma se retorcía de dolor en el suelo y azotaba el suelo con su cola, herido de muerte. Sus rugidos eran espantosos, estremecedores, escalofriantes.

Tenía el cuerpo destrozado, abrasado, se moría…

Jürgen y Kazuo, prudentemente distanciados, continuaron disparándole. No dejarían de hacerlo hasta ver el peligroso lagarto con brazos y piernas de hombre inmóvil, rígido, sin vida.

Sigrid, Eva y Naga, que se habían retirado hasta el pie de la escalera de caracol, contemplaban desde allí la exterminación del cruel y sanguinario dios Gumma.

La nativa no podía creer lo que veía.

Le parecía imposible que los dos varones extranjeros pudieran dar muerte al poderoso dios Gumma con sus armas.

Lo creía indestructible.

Inmortal.

Sin embargo, no era así.

Gumma ya no se movía. Había quedado rígido. Estaba muerto.

* * *

Jürgen y Kazuo respiraron tranquilos cuando vieron que el monstruoso ser se quedaba tieso, destrozado y abrasado por la lluvia de rayos láser e infrarrojos.

—Nos lo hemos cargado, Kazuo.

—No volverá a la vida, ¿verdad, jefe?

—Claro que no.

—Como era una figura de metal, y se volvió de carne y hueso…

—Es evidente que tenía algún poder. Hizo uso de él y cobró vida. Pero no creo que pueda volver a hacerlo, porque lo hemos reventado literalmente. Lo hemos destruido a él, y hemos destruido también su diabólico poder.

—Ojalá sea así, jefe.

Jürgen se volvió hacia las chicas.

—Ya podéis venir. El lagarto está muerto.

Sigrid, Eva y Naga se aproximaron, con el miedo reflejado todavía en sus caras.

—¿Era un dios de verdad, Jürgen…? —preguntó la primera.

—Lo que era este horrible ser, no lo sé. Pero, desde luego, tenía un demoníaco poder —respondió Korner—. Sólo así se explica que, siendo una figura esculpida en metal, cobrara vida. Eso no está al alcance de cualquiera.

Instintivamente, Eva dio un paso atrás.

—¿Seguro que está muerto, Jürgen…?

—Desde luego. Lo hemos destrozado. No volverá a la vida, podéis estar tranquilas.

Naga, tras observar el cuerpo destruido del dios Gumma, empezó a besar las manos de Jürgen y Kazuo.

El japonés respingó.

—¿Otra vez con esto…?

Jürgen sonrió.

—Nos da las gracias por haber librado a los suyos de un dios tan cruel como éste, Kazuo.

—¿Y por qué no nos besa en la cara? En las manos no me gusta, jefe —rezongó Tanaka.

—Pues díselo.

—No me entendería.

—Bésala tú a ella y verás.

—¿Que la bese…?

—Sí, hombre. Seguro que te entiende en seguida.

—Voy a probar, jefe —sonrió el japonés.

Cogió por los hombros a la nativa, la obligó a erguirse, y después la besó en los labios, suave y cálidamente.

Naga se quedó muy quieta.

Kazuo retiró su boca de la de ella y la miró a los ojos.

—Así es como me gusta que me besen, preciosa. Lo de las manos, no me va.

La nativa sonrió pícaramente, le echó los brazos al cuello, y le dio un fuerte beso en la boca.

Jürgen, Sigrid y Eva no pudieron contener la risa.

—¡Le ha entendido a la primera! —exclamó Jürgen.

—¡Y con qué pasión besa, la niña! —dijo Sigrid.

—¡A mí me parece que la chica ya ha practicado lo suyo! —añadió Eva.

Cuando Naga dio por finalizado el apasionado beso, Kazuo resopló y exclamó:

—¡Esta chica sabe latín, jefe!

Jürgen, Sigrid y Eva volvieron a reír.

Después, el primero dijo:

—Será mejor que salgamos de aquí.

—¿Por dónde entramos? —preguntó Sigrid.

—No, sigo pensando que tiene que haber otra salida. Y si la hay, Naga tiene que conocerla.

—¡Naga! ¡Naga! ¡Naga! —repitió la nativa, soltando el cuello de Kazuo y rodeando el de Jürgen.

—¡Eh!, ¿qué haces…? —exclamó él.

—¡Jürgen! ¡Jürgen! ¡Jürgen! —repitió la chica, y le besó también en los labios, tan fuerte como al japonés.

Kazuo y Eva rieron con ganas, pero Sigrid frunció el ceño y rezongó:

—Esto ya no me gusta.

Jürgen obligó a la nativa a interrumpir el fogoso beso y dijo:

—Te lo agradezco mucho, guapa, pero lo que quiero es que nos digas si este templo tiene otra salida menos peligrosa que la que da a la selva.

—¿Selva? —murmuró la chica.

—Tenemos que encontrar a Mark, ¿sabes? Es un amigo nuestro y…

La nativa agrandó sus bonitos ojos.

—¿Mark…?

—Sí, así se llama nuestro amigo. Mark Renquin. Sabemos que estuvo aquí, en este templo.

—¡Mark! ¡Mark! ¡Mark! —repitió la muchacha, cogiendo a Jürgen de la mano y tirando de él.

CAPÍTULO XII

Jürgen Korner se dejó guiar por la nativa, exclamando:

—¡Parece que Naga sabe dónde está Mark!

—¡Dios mío! —exclamó Eva Gerets, esperanzada, y corrió tras ellos.

Kazuo Tanaka y Sigrid Zinn siguieron también a Jürgen y Naga.

La nativa alcanzó uno de los ángulos del templo.

Allí, en la pared, sobresalía una palanca similar a la que Jürgen accionara cuando entraron en el templo y antes de descender por la escalera de caracol.

Naga movió la palanca y un sector de la pared empezó a girar.

—¡Es una puerta, jefe! —exclamó Kazuo.

—¿No te dije que tenía que haber otra salida…? —recordó Jürgen.

La puerta acabó de abrirse y Naga la cruzó, tirando de la mano de Jürgen. Kazuo, Sigrid y Eva la cruzaron también, encontrándose todos en una galería iluminada por antorchas.

Avanzaron por ella, siempre guiados por la bella nativa.

El pasadizo era largo y tortuoso, pero como estaba bien construido, los terrestres se sentían bastantes seguros en él. El techo de la galería, perfectamente asegurado con gruesas traviesas apuntaladas por firmes postes, hacía muy difícil un desprendimiento de tierra.

Tardaron varios minutos en recorrer el túnel subterráneo, pero, al fin, alcanzaron la salida.

En cuanto vio la luz del exterior, Naga se detuvo.

Con gestos, hizo saber a los terrestres que la salida de la galería se hallaba custodiada y que debían eliminar a los guardianes, para poder salir del pasadizo.

Jürgen entendió y dijo:

—Vamos por ellos, Kazuo. Vosotras quedaos aquí, con Naga —indicó

a Sigrid y Eva.

Las chicas obedecieron.

Jürgen y Kazuo se aproximaron silenciosamente a la salida del túnel.

Tres hombres la vigilaban.

Tres soldados, armados con lanzas, espadas cortas, y puñales. Llevaban casco y peto metálico, una falda corta, de cuero, y calzaban sandalias, igualmente de cuero y atadas a las piernas. También llevaban escudo, redondo, en el brazo izquierdo.

Todo ello, sin embargo, les iba a servir de poco frente al poder de las armas que empuñaban los terrestres, si éstos decidían hacer uso de ellas.

Los soldados estaban a algunos metros de la salida de la galería que conducía al templo del dios Gumma. Por ello, Jürgen estimó que debían darles la oportunidad de defenderse. No quería acabar con ellos desde allí, disparándoles por sorpresa.

—¡Vamos, Kazuo! —dijo, saltando fuera del túnel.

El japonés le imitó al instante.

Los soldados respingaron al verlos surgir del pasadizo, pero reaccionaron con rapidez.

Uno de ellos le arrojó su lanza a Jürgen.

Si éste se hubiera quedado quieto, la lanza le habría atravesado, el pecho, pero saltó de lado felinamente y la afilada punta del arma ni siquiera le rozó.

Jürgen accionó su pistola y el rayo láser brotó instantáneo, yendo a estrellarse contra la cara del soldado que le arrojara su lanza.

El tipo se desmoronó sin emitir el más leve gemido, porque ya estaba muerto.

Las otras dos lanzas buscaron el cuerpo de Kazuo, pero éste las esquivó dejándose caer de rodillas, al tiempo que hacía funcionar su fusil de rayos infrarrojos.

Le abrasó la cara a uno de los soldados y el tipo se derrumbó, chillando desgarradoramente. El otro soldado se protegió con su escudo, y fue éste el que recibió el rayo infrarrojo.

La calorífica descarga hizo que el metálico escudo se pusiera casi al rojo vivo, quemando el brazo del soldado, quien se apresuró a soltar el escudo.

Después, empuñó su espada y atacó al japonés.

Jürgen disparó, anticipándose a Kazuo, y el soldado cayó fulminado.

El japonés se irguió.
—Unos tipos peligrosos, ¿eh, jefe?
—Sí, estuvieron a punto de ensartarnos con sus lanzas.
—Menos mal que andamos muy bien de reflejos.
Jürgen sonrió e indicó:
—Ve por las chicas, Kazuo.
—Sí, jefe.
Kazuo penetró en la galería y Jürgen observó los alrededores.
Como ya suponía, el túnel subterráneo desembocaba fuera de la peligrosa selva, en un lugar en donde abundaban las rocas. Las había de todos los tamaños.
Kazuo regresó con Sigrid, Eva y Naga.
La nativa echó una mirada a los cuerpos de los guardianes y después volvió a coger de la mano a Jürgen.
—¡Mark! ¡Mark! ¡Mark! —exclamó, y tiró nuevamente de él.

* * *

Llevaban ya casi una hora caminando por entre las rocas.
Naga no soltaba la mano de Jürgen, quien, al igual que Kazuo, Sigrid y Eva, estaba cada vez más convencido de que la nativa sabía dónde estaba Mark Renquin.
Y debía estar vivo, porque, de lo contrario, Naga no tendría tanta prisa en llevarlos junto a él.
De pronto, la nativa se detuvo y rogó a los terrestres silencio y cautela con un gesto harto expresivo, como si se estuviesen aproximando a algún lugar peligroso.
Y así era.
Muy cerca de allí, había un campamento de soldados.
Los terrestres lo descubrían poco después, guiados por Naga.
El campamento se levantaba en medio de una explanada rodeada de rocas, desde las cuales, ocultos, lo observaron la nativa y los cuatro terrestres.
Había alrededor de una docena de tiendas, por entre las cuales se movían los soldados. Había un elevado número de ellos. Y algunos vigilaban, situados en los alrededores del campamento.
Justo en medio de él, había una gran jaula construida con gruesos barrotes de madera. Y, encerrado en ella, había un hombre,

prácticamente desnudo, ya que sólo se cubría con el slip.

Tenía señales de golpes.

De latigazos.

Quemaduras…

Por lo visto, los soldados le habían hecho de todo, para divertirse con su sufrimiento.

Naga apuntó la jaula con su brazo y, sin elevar la voz, dijo:

—¡Mark! ¡Mark! ¡Mark!

* * *

—A Eva Gerets le dio un vuelco el corazón.

—¡Dice que el prisionero es Mark! —exclamó.

La nativa asintió con la cabeza y repitió:

—¡Mark! ¡Mark! ¡Mark!

Sigrid Zinn se fijó mejor en el hombre que permanecía encerrado en la jaula. Estaba echado en el piso de la misma y no se le podía ver bien la cara. A pesar de ello, dijo:

—¡Sí, creo que es Mark, Eva!

—¡Oh, cielos! ¡Lo han maltratado terriblemente!

—Pero está vivo, Eva —intervino Jürgen Korner—. Y eso es lo importante.

—El jefe tiene razón —habló Kazuo Tanaka—. Los golpes y los latigazos, se curan. Y las quemaduras, también. Lo que tenemos que hacer, es sacarlo de la jaula y llevarlo a la nave. Una vez en ella, estaremos todos a salvo.

—No va a ser fácil, Kazuo —repuso Jürgen.

—Porque hay muchos soldados, ¿verdad?

—Sí, demasiados.

—Bueno, disponemos de un fusil y tres pistolas. Si Eva y Sigrid disparan también, podemos causarles muchas bajas y aterrorizarlos —dijo el japonés.

Eva empuñó decididamente su pistola de rayos láser.

—Estoy dispuesta a luchar por la libertad de Mark —dijo, apretando los dientes.

—Y yo, si Kazuo me presta su pistola —dijo Sigrid.

Jürgen asintió con la cabeza.

—Dásela, Kazuo.

El japonés desenfundó su pistola y se la entregó a Sigrid.

Naga los observaba, en silencio.

De pronto, empezó a hablar.

Los terrestres no entendieron sus palabras, pero, por sus gestos, Jürgen adivinó:

—Creo que Naga tiene un plan para atraer a algunos de los soldados hacia nosotros.

—¡Eso sería magnífico, jefe! —exclamó Kazuo—. ¡Nos facilitaría las cosas!

—Deja actuar a la chica, Jürgen —pidió Sigrid.

—Sí, quizá su plan dé resultado —dijo Eva—. Naga pertenece a este planeta, conoce bien a los soldados.

Jürgen pellizcó suavemente la barbilla de la nativa y le sonrió.

—Adelante, Naga. Pon en marcha tu plan.

La muchacha dio una cabezadita de asentimiento, se despojó rápidamente de la túnica y del pantaloncito, y trepó a una roca alta, completamente desnuda.

Bien erguida sobre la roca, se puso las manos en las caderas y dio un grito, para llamar la atención de los soldados.

—¡Eh, vosotros! ¡Me veréis, pero no me pillaréis! —dijo, cuando ya los soldados se habían vuelto hacia ella.

CAPÍTULO XIII

Los terrestres se habían quedado perplejos.

—¡Pero qué chica tan descarada! —exclamó Sigrid.

—¡Se nos ha quedado en cueros vivos! —dijo Eva.

—¡Creo que la cosa puede funcionar, jefe! —exclamó Kazuo.

—¡Seguro que funciona! —respondió Jürgen, riendo, y prestó atención a los soldados.

Se habían quedado todos boquiabiertos.

Naga seguía en lo alto de la roca.

Desnuda.

Excitante.

Provocadora.

El tipo que mandaba en el campamento sintió el repentino deseo de poseer a la hermosa nativa y ordenó:

—¡Traedme a ese chica!

Seis hombres se lanzaron inmediatamente hacia la roca sobre la cual se exhibía descaradamente Naga.

Al verlos venir, la nativa se bajó de la roca y se alejó unos cuantos metros.

—¡Preparados! ¡Vienen seis! —exclamó Jürgen.

—¡Pan comido, jefe! —aseguró Kazuo.

Se ocultaron bien los cuatro, tras las rocas, y esperaron la aparición de los soldados.

Naga también los esperaba, un poco más lejos.

Los soldados aparecieron, la vieron, y fueron hacia ella, pensando que ya la tenían. No vieron a los terrestres.

Jürgen, Kazuo, Sigrid y Eva dispararon sobre ellos, abatiéndolos a los seis en sólo unos segundos.

Naga se puso a dar saltos de alegría.

Sus magníficos senos, lógicamente, también saltaban, lo cual puso nervioso a Kazuo.

—Madre mía… —murmuró.

Jürgen rio y señaló la roca desde la cual la atrevida nativa tentara a los soldados con su total desnudez.

—¡Arriba otra vez, Naga!

La muchacha entendió y corrió hacia la roca, trepando a ella de nuevo. Tensó su maravilloso cuerpo, volvió a ponerse las manos en las caderas, de manera desafiante, y les sacó la lengua a los soldados del campamento, de la forma más burlona que conocía.

—¡Os dije que no me ibais a pillar, tontos!

El jefe del campamento montó en cólera.

No se explicaba cómo la chica había podido burlar a los soldados que envió por ella.

—¡Inútiles! —rugió, y envió seis hombres más, amenazándolos con azotarlos si no le traían a la muchacha.

Y no se la trajeron.

No pudieron, porque los terrestres los sorprendieron, como a los anteriores, y los liquidaron en un abrir y cerrar de ojos.

Desde el campamento, naturalmente, no se veía nada, porque las rocas lo impedían.

De pronto, Naga apareció de nuevo en lo alto de la roca y se burló otra vez de los soldados.

—¡A mí no hay quien me pille, estúpidos! ¡Soy más lista que vosotros!

El jefe del campamento sufrió un ataque de ira.

Ello hizo que decidiera ir personalmente en busca de la chica, si bien se hizo acompañar de media docena de hombres.

Corrieron los siete hacia las rocas.

Naga desapareció, como en las ocasiones anteriores, y dejó que los terrestres se encargaran del resto.

Jürgen, Kazuo, Sigrid y Eva dieron buena cuenta del jefe del campamento y de los seis soldados que le acompañaban. No les dieron opción, porque la situación no lo permitía.

Había que rescatar a Mark Renquin.

Y sólo de aquella manera, sorprendiendo a los soldados que lo tenían preso, podrían conseguirlo.

Habían liquidado ya a diecinueve.

En el campamento, quedarían unos doce.

Ya podían asaltarlo con posibilidades de éxito, así que Jürgen indicó a Naga que se vistiera, porque ya no hacía falta que volviera a subirse desnuda a la roca.

La nativa obedeció.

Sabía que ahora ya no les resultaría tan difícil a los terrestres rescatar a su compañero.

* * *

Mark Renquin se movía inquieto en la jaula donde lo tenían encerrado.

Conocía a Naga.

La conoció antes de que los soldados lo hicieran prisionero a él y mataran a su compañero. Mark se había dicho muchas veces que ojalá lo hubiesen matado a él también, porque era preferible a vivir encerrado en una jaula como si fuera un animal, soportando castigos, torturas y humillaciones.

Las apariciones y desapariciones de Naga, completamente desnuda, unido al hecho de que los soldados que iban por ella, no regresaban, hizo sospechar a Mark Renquin que la nativa estaba haciendo aquello para salvarle.

Dudaba mucho, sin embargo, que Naga lo consiguiera, a menos que contara con ayuda suficiente.

Cuando vio aparecer a Eva Gerets, su novia, acompañada de Sigrid Zinn y un par de hombres, armados los cuatro, Mark estuvo a punto de llorar de alegría.

¡Habían venido a Ferbo en su busca!

¡Iban a salvarle!

¡Le parecía un sueño!

Los soldados que quedaban en el campamento, sorprendidos, salieron al encuentro de los terrestres.

Jürgen, Kazuo, Sigrid y Eva hicieron funcionar sus armas y los soldados empezaron a derrumbarse.

Mark, aferrado a los barrotes de su jaula, presenció la aniquilación de la docena de soldados, porque éstos, con sus primitivas armas, poco o nada pudieron hacer frente a los rayos láser e infrarrojos.

En sólo unos pocos minutos, los terrestres se hicieron dueños absolutos del campamento.

* * *

Mark Renquin, a pesar de los muchos golpes recibidos, de los numerosos latigazos, y de las varias quemaduras, pudo caminar por sí solo, aunque apoyándose en Eva Gerets y Sigrid Zinn.

Se estaban alejando ya del campamento.

Jürgen Korner y Kazuo Tanaka vigilaban con atención, por si aparecían más soldados, mientras Naga los guiaba hacia la entrada de la galería que conducía al templo del dios Gumma.

Mientras caminaban, Mark explicó que dos de sus compañeros habían muerto al caer en una de las trampas que rodeaban el siniestro templo, lo cual ya sabían Jürgen, Kazuo, Eva y Sigrid.

—¿Y el otro hombre…? —preguntó Eva.

Mark les contó cómo había muerto.

—¿Por qué te tenían encerrado en una jaula? —preguntó Sigrid.

—Para divertirse a mi costa. Liquidé a algunos de ellos, antes de que me hicieran prisionero, y me lo estaban haciendo pagar. Todos los días me sacaban de la jaula para golpearme, azotarme, o aplicarme brasas en el cuerpo.

—¡Qué canallas! —exclamó Eva.

—¡Hicimos bien en liquidarlos a todos! —dijo Sigrid.

Jürgen volvió la cabeza y preguntó:

—¿A qué vinisteis a Ferbo, Mark?

Renquin, tras unos segundos de vacilación, respondió:

—Esmeraldas.

—¿Esmeraldas…? —repitió Kazuo.

—En este planeta abundan. Las esmeraldas más grandes y más hermosas que os podáis imaginar. Lo sabíamos y vinimos por ellas, aun conscientes de los peligros que íbamos a tener que superar. Fue una equivocación. Jamás debimos venir a Ferbo. No encontramos una sola esmeralda, porque la verdad es que apenas tuvimos tiempo de buscarlas. Los peligros comenzaron en seguida. Bestias feroces, arenas movedizas, volcanes en erupción, trampas, soldados… Mis tres compañeros perdieron la vida muy pronto y yo me vi cautivo de los soldados. Un auténtico fracaso, que me servirá de lección, porque no volveré a formar parte de una expedición tan arriesgada y tan loca como ésta. Se acabaron los viajes y las aventuras. No volveré a jugarme el pellejo, Eva, te lo prometo. Me tendrás a tu lado para siempre.

—Oh, Mark, cariño… —sonrió su novia, y le besó en la mejilla.

Sin tropezarse con ningún grupo de soldados, alcanzaron la entrada del túnel subterráneo. Penetraron en él y llegaron hasta el templo de Gumma.

El cuerpo del dios continuaba allí, sin vida, lo mismo que los cuerpos de los tres sacerdotes liquidados también por Jürgen y Kazuo.

Los otros tres sacerdotes, los que sólo quedaran inconscientes, habían desaparecido. Sin duda habían huido despavoridos al encontrar al dios Gumma tirado en el suelo, destrozado, abrasado, rígido.

Los terrestres subieron por la escalera de caracol y salieron del templo por la puerta que daba a la selva. Y, como Naga seguía con ellos, Kazuo preguntó:

—¿Qué hacemos con la nativa, jefe?

—No lo sé.

—Si la dejamos aquí, es posible que no viva para contarlo.

—¿Te gustaría llevártela, Kazuo?

—Desde luego.

—Pregúntaselo, a ver qué dice.

El japonés cogió por los hombros a la nativa.

—¿Quieres venir con nosotros, Naga? Prometo cuidarte, protegerte, y amarte. ¿Qué me respondes?

La respuesta de la muchacha no pudo ser más expresiva, ya que rodeó el cuello de Kazuo con sus brazos y le dio un soberano beso, haciendo reír a Jürgen, Sigrid, Mark y Eva.

EPÍLOGO

En la selva tuvieron que afrontar nuevos peligros, pero los superaron y alcanzaron el claro en donde se hallaban posadas las dos naves.

Con el fin de no dejar abandonada la que utilizaran Mark y sus compañeros para viajar a Ferbo, Jürgen indicó a Kazuo que se encargara de pilotarla, ya que Mark no estaba en condiciones de hacerlo.

Al japonés le agradó la idea y subió a la nave acompañado de Naga.

Eva decidió que ella y Mark debían viajar con Kazuo y Naga, y subieron también a la nave. Lo que Eva quería, en realidad, era que Jürgen y Sigrid viajasen solos en la otra nave, porque eso les ayudaría sin duda a reconciliarse de una manera clara y definitiva.

Jürgen no puso objeciones.

Y Sigrid, menos aún.

Poco después, ambas naves despegaban y abandonaban el peligroso planeta.

Jürgen permaneció varias horas seguidas en la cabina de mandos.

Solo.

Sigrid se había retirado a su camarote apenas despegar de Ferbo, y no había salido de él para nada.

Jürgen conectó el piloto automático, abandonó la cabina de mandos, y entró en su camarote. Se desvistió y se echó en la litera, cubierto sólo con el breve slip marrón.

A los pocos minutos, la puerta se abría y Sigrid penetraba en el camarote, luciendo una bata corta. Sin decir nada, se sentó en el borde de la litera, apoyó sus manos en los robustos hombros masculinos, se inclinó lentamente, y besó en los labios a Jürgen, con ternura, con amor, con todo el cariño del mundo.

Después, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Cuándo vas a perdonarme, Jürgen?

—¿Por qué me dejaste, Sigrid?

—Te amaba, Jürgen, pero tú nunca me hablaste de matrimonio, de formar un hogar, de tener hijos. Sólo pensabas en tu trabajo. Siempre de planeta en planeta con tu nave. Te veía muy poco. Y, aunque cuando estábamos juntos aprovechábamos bien el tiempo, no era suficiente para mí. Por eso me marché. Y fue una equivocación, porque muy pronto me di cuenta de que yo no podría vivir sin ti. No podría ser feliz con otro hombre, porque estaba loca por ti. Era mejor tenerte poco tiempo al cabo del año, que no tenerte nada. Si me perdonas y me aceptas de nuevo, me conformaré con el tiempo que puedas dedicarme y no volveré a abandonarte, te lo juro. Aunque no te cases nunca conmigo. Aunque no quieras que tengamos hijos.

Jürgen alzó las manos y le cogió suavemente el rostro.

—Te haré mi esposa, Sigrid. Y tendremos hijos. Y tendré más tiempo para ti y para ellos, te lo prometo.

—Jürgen, amor mío… —dijo ella, tan emocionada, que los ojos se le nublaron.

—Te quiero, Sigrid. Y tampoco yo sabría vivir sin ti —confesó él, y la besó ardorosamente en los labios.

Poco después, Jürgen la despojaba de la bata y cubría su maravilloso cuerpo de besos y caricias, antes de poseerla y colmarla de felicidad.

FIN

PUNTO ROJO

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

misterio...

ROJO

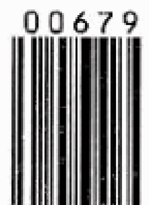
suspense...

ROJO

acción...

ROJO





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España